

Un siglo de imágenes

El Quito que se fue II / 1860-1960

UN SIGLO DE IMÁGENES
EL QUITO QUE SE FUE II / 1860-1960

Colección fotográfica privada de Ernesto Chiriboga Ordóñez
Volumen II

En esta edición aparecen también algunas fotografías antiguas de la colección del señor Iván Cruz Cevallos, que por su rareza e importancia se añadieron a las de la colección Chiriboga Ordóñez. Se las identifica [IC]. Los editores agradecen esta generosa contribución.

ISBN-9978-300-07-4
© FONSAI, Quito, 2004

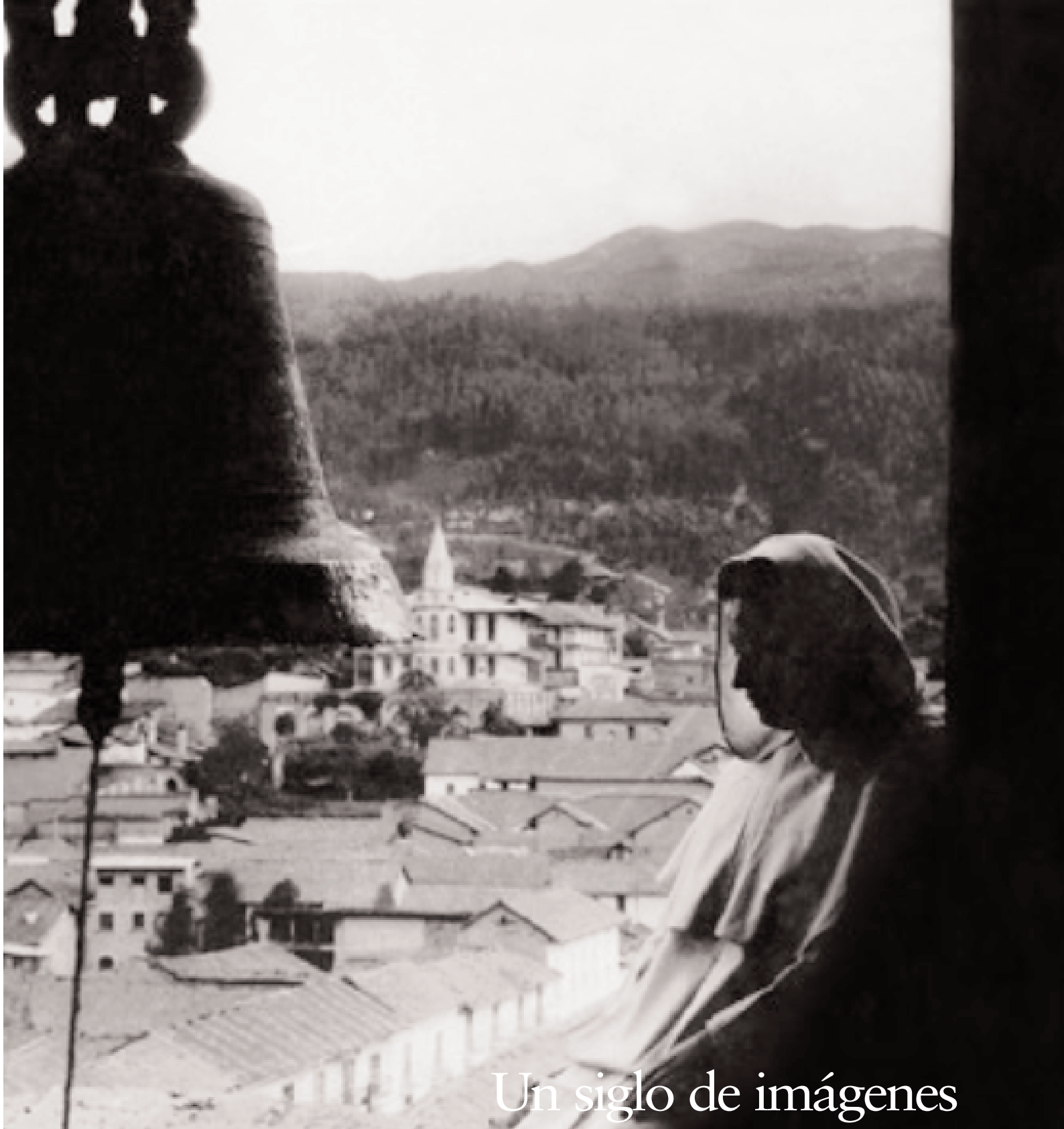
Academia Nacional de Historia

Edición y Diseño: TRAMA
Dirección de Arte: Rómulo Moya Peralta/TRAMA
Diagramación: Meliza Martínez Sarango/TRAMA

Preprensa e Impresión: TRAMA
Dirección: Eloy Alfaro N34-85 / Telfs: (593-2) 2246-315 / 2246-317
www.trama.com.ec

Impreso en Quito-Ecuador, 1000 ejemplares, junio del 2004





Un siglo de imágenes

El Quito que se fue II / 1860-1960



FONSAL | QUITO
Fondo de Estudios

Contenido

5	Presentación del Alcalde de Quito	120	El hospital San Juan de Dios
6	Introducción	121	La capilla del Robo
9	Homenaje a los fotógrafos ecuatorianos	122	La capilla de los Milagros
12	Breve semblanza del fotógrafo quiteño José Domingo Laso	124	El Tejar
13	Breves datos biográficos de los fotógrafos Rivadeneira	127	San Juan
15	Las fotografías	132	El teatro Sucre y su plaza
16	La Plaza Grande	135	El ferrocarril
32	La Catedral	141	San Blas
37	El Palacio de Gobierno	143	El Belén
38	El Palacio Arzobispal	146	La Alameda
41	El Palacio Municipal	152	El Ejido
45	San Francisco	154	El campo de aviación
63	La Compañía de Jesús	156	Panorámicas de la ciudad
68	Santo Domingo	160	Calles
85	San Agustín	162	Calle García Moreno
88	Guápulo	170	Calle Guayaquil
91	La Merced	175	Calle Flores
94	El Sagrario	178	Calle Maldonado
95	La Concepción	187	Calle Olmedo
103	Santa Catalina	189	Calle Chile
104	Santa Clara	194	Calle Bolívar
107	El Carmen Alto	196	Calle Rocafuerte
110	El Carmen Bajo	201	Calle de la Ronda
113	La plaza de la Recoleta	206	La avenida 24 de Mayo
117	San Sebastián	209	Calles no identificadas
119	El Hospicio	211	La avenida 10 de Agosto
		216	El penal García Moreno
		219	Casas varias
		252	Gentes y acontecimientos



Un ilustrativo libro de fotografías de Quito

El Quito que conocemos hoy, y ante cuya belleza subyugante no cesamos de maravillarnos, no fue creación instantánea, ni tampoco apareció tal cual en la Colonia y permaneció estático hasta nuestros días. Al contrario, fue evolucionando: a la apertura de calles y el relleno de quebradas se sucedió la construcción de unas y otras casas, de unos y otros conventos, de unas y otras iglesias, todos los cuales, a su vez, fueron modificándose con el tiempo.

De los cambios ocurridos entre el siglo XVI y la primera mitad del siglo XIX nos quedan pocos testimonios gráficos: alguna pintura que, casualmente, reprodujo alguna plaza o fachada de la urbe; algún plano de la ciudad y poco más.

Sin embargo, desde mediados del siglo XIX un invento de la modernidad vendría a ser el testigo fiel de esos cambios: la fotografía.

Por eso, el Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito (FONSAL) resolvió apoyar el pedido de la Academia Nacional de Historia, presentado a través del doctor Fernando Jurado Noboa, director de publicaciones de ese cuerpo colegiado, para realizar la edición conjunta de dos volúmenes de fotografías antiguas de la colección privada del señor Ernesto Chiriboga Ordóñez. La Academia publicó y presentó en el mes de diciembre de 2003, el primer volumen, bajo el título de *El Quito que se fue, 1850-1912*.

Provenientes del mismo fondo, este segundo volumen recoge sobre todo fotos de los primeros fotógrafos quiteños: Benjamín y Carlos Rivadeneira y José Domingo Laso, que con sus cámaras nos retrataron el Quito de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX. Fotos más antiguas, de la década de 1860, que también aparecen en este volumen, no han sido identificadas, pero, como dice el estudio introductorio, probablemente fueron captadas por el estadounidense Henry Morgan, quien, conforme lo narrara Luciano Andrade Marín, fue la primera persona en abrir un estudio fotográfico en Quito en 1863. También hay fotos de más entrado el siglo XX, hasta prácticamente los años sesenta, de otros fotógrafos como los hermanos Utreras, y otras anónimas. Este volumen tiene el mérito de dejar que sean las fotografías las protagonistas. Estas se agrupan por sitios y edificios: la Plaza Grande, la Catedral, los “palacios” de Gobierno, Arzobispal y Municipal, etc., las otras plazas, calles y conventos, para permitirnos, precisamente, ver la transformación o permanencia de los elementos urbanos y arquitectónicos de la urbe. Breves comentarios al pie permiten que el lector se fije en tal o cual detalle, lo indispensable para apreciar la foto individual en el contexto de la obra.

Al presentar este nuevo volumen del FONSAL y la Academia Nacional de Historia, en este año en que somos Capital Iberoamericana de la Cultura, me complace especialmente como Alcalde de Quito, felicitar a quienes han hecho posible la edición, y en primer lugar al señor Ernesto Chiriboga Ordóñez, que recopiló y mantuvo con amor por su ciudad tan valiosa colección y a sus herederos que permitieron que se publicaran. Todas estas fotografías, en conjunto, y cada una de ellas, como obras individuales que captaron un instante irrepetible, constituyen un muy valioso acervo de la memoria gráfica de Quito, que nos muestra su dinámica y nos comprometen a todos, autoridades, historiadores y habitantes por igual, a preservar y engrandecer esta urbe singular.

Paco Moncayo Gallegos
Alcalde del Distrito Metropolitano de Quito

Introducción

Alfonso Ortiz Crespo
Academia Nacional de Historia / Fondo de Salvamento
Quito, abril de 2004

La historia de la fotografía

Con el aparecimiento de la fotografía en el año 1839 en Europa –noticia que voló como pólvora por todo el mundo- el público quedó asombrado. Perfeccionado el invento a grandes saltos y en poco tiempo, no solo liberaría al artista de representar la realidad, sino que se volvería en ocasiones su aliada, como aconteció con los artistas quiteños desde la segunda mitad del siglo XIX. Muchos utilizaron retratos fotográficos, no solamente para evitar la tediosa comparecencia del modelo frente al artista, sino también para conseguir más fácilmente –especialmente en los artistas de mediana calidad, que abundaban en nuestro medio- una mayor precisión en los rasgos fisonómicos.

Pero nuestros artistas no solamente utilizaron la fotografía para retratos, sino también para paisajes y otros temas. Sin embargo, la fotografía terminó triunfando sobre el retrato artístico pintado sobre lienzo, pues a la larga resultó más rápida, fiel, económica y también, en muchos casos, de gran valor artístico.

Se conoce que para el año 1860, solamente en la ciudad de París, trabajaban más de 30.000 personas en la industria fotográfica, muchas de ellas, artistas desplazados por la misma fotografía y que se ganaban la vida retocando o coloreando a mano las nuevas imágenes. Para esta época, conseguir un retrato en el pequeño formato de una tarjeta de visita, ya era fácil y económico. También se hicieron muy populares las vistas estereoscópicas, en donde, a través de un visor con dos lentes, se reconstruía la imagen en tres dimensiones, permitiendo así, conocer lugares lejanos y exóticos de todo el Mundo.

También desde muy temprano se aplicó la fotografía a las ciencias, adaptándose cámaras a microscopios y telescopios, así como al estudio del movimiento, como el que realizó Muybridge resolviendo una antigua polémica sobre la posición de las patas de un caballo durante sus distintos pasos y que permitió, entre otras cosas, revelar a los pintores el movimiento de un caballo. También las imágenes estáticas del vuelo de un pájaro ayudaron al estudio de la aerodinámica.

Pero no solamente ayudó a las ciencias. La fotografía resultó un testimonio silente, pero efectivo para llamar la atención sobre las desigualdades sociales, la explotación de los niños en el trabajo, los conflictos y las guerras. Retrató sin contemplaciones la crueldad del hombre, buscando que reaccionáramos ante ella, pero al parecer, sin resultados...

Con la invención del fotgrabado, la difusión de imágenes realistas en revistas y libros se generalizó, popularizándose, también, el uso de fotografías para promocionar productos comerciales.

Para finales del siglo XIX la fotografía se había divulgado de tal manera, que a la llegada de la cámara Kodak en 1888, fácil de usar, abaratada después con la introducción de la “Brownie” en 1900, las dos desarrolladas por George Eastman, la fotografía se popularizó enormemente y se convirtió en una afición universal. Un siglo después, la cámara de fotos es algo absolutamente normal y cada vez se difunden más las cámaras digitales, que ya no requieren de los complejos procesos de revelado y positivado.

Para llegar a estas cámaras fotográficas se necesitaron siglos de experimentaciones, pruebas y correcciones. La historia se inicia hacia el año 1000 de nuestra era, cuando los árabes desarrollaron una “cámara oscura”, que no fue más que una caja cerrada con un agujero diminuto en un extremo, que permite que los rayos de luz reflejados por un objeto iluminado, proyecten la imagen invertida en la pared opuesta o en una pantalla traslúcida, que reemplaza la pared. Más tarde se colocó en el orificio una lente para enfocar mejor las figuras y con el uso de espejos, se enderezó la imagen invertida. Los artistas se sirvieron de estas “cámaras” como auxiliar para elaborar dibujos.

Para llegar a la fotografía fue necesario combinar la óptica con la química y de esa manera fijar la imagen sobre un soporte. Desde el primer cuarto del siglo XVIII se conocía que había sustancias químicas que reaccionaban a la luz y se ennegrecían. A inicios del siglo XVIII se realizaron los primeros experimentos de objetos “fotografiados” sobre soportes sensibles, pero no se consiguió darles permanencia a estas imágenes.

En el año 1827 el francés Joseph Nicéphore Niépce, consiguió fijar la primera fotografía que se conserva, realizada con una exposición de ocho horas. Asociado con Jacques Louis Daguerre, éste desarrolló un tipo de fotografía que se denominó “daguerrotipo”, presentado públicamente en enero de 1839. Utilizaba como soporte una lámina de cobre recubierta de plata, tratada con vapor de yodo para sensibilizarla a la luz. Después de ser expuesta en la cámara, para revelar la imagen en la placa, ésta se sometía a vapores de mercurio y luego se fijaba con una solución de sal común. Se trataba de una única imagen positiva y si se requería de copias, había que “daguerrotiparla” cuantas veces fuere necesario. Por otra parte, para impresionarlos se necesitaron al inicio de 20 a 30 minutos de exposición, reducidos al cabo de unos años a un minuto. Otra desventaja fue su fragilidad, por lo que se los recubría con una lámina de vidrio.

Sin embargo el método que perduró fue el inventado por el científico inglés William Henry Fox Talbot, quien ante el anuncio público de Daguerre, patentó su invento el día 31 del mismo mes y año, describiendo técnicamente todo el proceso y revelando que ya lo tenía desarrollado desde 1835. En 1841 perfeccionó su invento, al que rebautizó como “calotipo”. Se trataba del primer sistema negativo-positivo, con el cual podía obtenerse infinidad de copias. Usaba papel tratado con nitrato de plata y yoduro potásico. Luego de la exposición usaba un baño de ácido gálico y calentaba el negativo para revelar la imagen latente retenida durante la exposición. Luego usaba papel sensibilizado con sales de plata para producir las copias positivas, que fijaba con sal.

Reducidos los tiempos de exposición a un minuto o algo más, hacia 1841 fue posible realizar retratos con una cámara. Pero de todas maneras el sujeto debía permanecer inmóvil, lo que resultaba incómodo a pesar de los soportes para mantener la cabeza inmóvil.

Una década después, Frederick Scott Archer, antiguo escultor y calotipista de Londres, sustituyó el papel sensibilizado por placas de vidrio, volviéndose el sistema más sensitivo y práctico, pues se reducía a segundos la exposición. Las láminas de vidrio estaban recubiertas de una película transparente de colodión con yoduro, bañadas en nitrato de plata. Sin embargo, el sistema obligaba a un proceso “húmedo”, es decir, a utilizar las placas cuando aún estaban frescas, manchándose manos y ropas.

Desde el año 1853 se utilizaron diversos sistemas en “seco”, que facilitaban la manipulación y que permitían su revelado posterior, pero las placas eran poco sensibles, por lo que su uso no se generalizó hasta la llegada de las placas de gelatina con bromuro de plata, dos décadas después.

Para el año 1888, George Eastman desarrolló la cámara Kodak, que utilizaba un rollo de papel recubierto de una emulsión fotosensible, que permitía hasta un centenar de fotos con exposiciones de fracciones de segundo. Al año siguiente sustituyó el papel por un soporte de celuloide, transparente, al que aplicó la emulsión, facilitando la producción, comercialización y uso del rollo de película, que una vez impresionado se revelaba en los laboratorios, donde se obtenían las copias o las ampliaciones.

Desde 1903, los hermanos Lumiere, investigaron sobre fotografía a color y en 1907 pusieron a la venta placas recubiertas por capas de gránulos rojos, verdes y azules, que actuaban como pequeñísimos filtros, dejando pasar ciertos rayos del espectro cromático e impidiendo el paso de otros. Con el avance de las investigaciones en 1935 se inició la comercialización de la película Kodachrome y la firma alemana Agfa introdujo en 1942 las copias de color sobre papel.

Superados los problemas de sensibilidad, comodidad y limpieza de las películas, se fueron achicando las cámaras, volviéndose más prácticas y livianas. Sin duda, la cámara más perfecta en su diseño y precisión fue la Leica de la casa alemana Leitz, presentada en 1925. Usaba película de cine, de 35 mm de altura, perforada en los bordes y con 36 tomas, envasada en un carrete a prueba de luz. A partir de 1935 estas cámaras se fabricaron con lentes intercambiables, lo que les dio una enorme versatilidad y más tarde se introdujeron otros aditamentos: flash, telémetro (para medir la distancia), fotómetros (para medir la luz), diafragmas de

gran apertura, objetivos de gran luminosidad, velocidades de obturación muy altas, películas de diversas sensibilidades, etc.

En los años 1960 se desarrollaron las cámaras reflex de un solo lente, que permitieron a los usuarios mirar exactamente lo que se fotografiaba, gracias al uso de un pentaprismo. Se introdujo la electrónica, que permitió medir la luz del sujeto, calcular la velocidad del obturador y la apertura del diafragma y sus combinaciones para la toma adecuada. En la década siguiente apareció el enfoque automático y desde finales del siglo XX aparecieron las primeras cámaras digitales, en las que ya no se utiliza película.

Pero, ¿cuándo llegó la fotografía a Quito? Según Luciano Andrade Marín, ésta llegó hacia 1863:

Creíamos que la fotografía debió haber llegado a Quito entre los años de 1863 y 1865; pero, fácilmente, teniendo a la vista fotografías tales por ejemplo, como las siguientes: una, del General Juan José Flores, que murió en 1864; otra del Palacio de Gobierno todavía sin torrecilla central para el reloj, que comenzó a construirse en 1863; y, otra la del Arco de Santa Elena, que fue derrocado por el Municipio el año de 1863, hemos llegado a la conclusión de que la primera fotografía llegó a Quito a principios del año de 1863, en tiempo de la Presidencia de don Gabriel García Moreno; pero no porque este magistrado la haya traído.

El que la trajo de su propia iniciativa, fue el norteamericano don Enrique Morgan, quien, después de este año 1863, con un ayudante alemán, don Teodoro Biener, formó una sociedad fotográfica próspera llamada “Enrique Morgan & Ca.” que alcanzó a vivir por más de 25 años hasta pasado el año de 1886 en que ya comenzó a ser sustituido por un habilísimo fotógrafo quiteño, don Benjamín Rivadeneira, quien, a su vez, corriendo el tiempo, fue reemplazado por otro fotógrafo quiteño muy competente, don José Domingo Laso, desde los primeros años del presente siglo.

El señor Morgan fue, pues, el que hizo los primeros retratos fotográficos de personas en Quito, y el que también tomó las primeras vistas fotográficas de las calles y plazas de Quito a partir del año de 1863. Luego hizo lo propio el señor Rivadeneira, y, finalmente el señor Laso. Todos tres han aportado una documentación valiosísima fotográfica de nuestro Quito antiguo, que suple con ventaja a la falta de crónicas escritas de que carecemos para historiar a la ciudad material¹

Buena parte de los autores de las fotografías que ahora presentamos en este segundo volumen están identificados, y algunos de ellos son, precisamente, los mencionados por Andrade Marín: Benjamín Rivadeneira, Carlos Rivadeneira (padre e hijo) y José Domingo Laso, aunque las más antiguas, que son las estereoscópicas, permanecen en el anonimato, pero siguiendo al mismo autor podrían ser tomas de Enrique Morgan.

Como también señala Andrade Marín, la falta de crónicas escritas sobre la ciudad material del siglo XIX, se suple con las fotografías, y bien podríamos decir lo mismo para buena parte de Quito del siglo XX. Pero por otra parte, estas fotografías no solamente nos remiten a una ciudad que en buena parte no conocimos, sino que nos permiten reflexionar sobre su transformación, pues buena parte de nosotros pensamos que la ciudad de Quito ha permanecido intocada, sin transformaciones y cambios.

Esa equivocada imagen de Quito como ciudad colonial inmóvil, que se reitera con frecuencia en los medios de comunicación, cuando al referirse al centro histórico, es decir, a la ciudad vieja, se le menciona como “casco colonial” o “centro colonial”, se desmiente rápidamente al repasar las fotografías que hoy publicamos. Para muestra, baste mencionar que cuando se preparaba el rodaje de la película “1809-1810. Mientras llega el día” en escenarios originales de la ciudad, no se encontró ninguno, debiéndose envejecer muchas estructuras, maquillándolas, para crear el ambiente de la ciudad en los albores del siglo XIX, época de la revolución quiteña.

La ciudad de Quito, como un organismo vivo, ha cambiado mucho en cerca de un siglo y medio, como comprobamos al repasar estas imágenes, pero permanece, tal como sucede con el ser humano, que es el mismo desde que nace hasta que muere y que cambia de acuerdo con la edad y los avatares de la vida...

¹ Andrade Marín, Luciano, “La lagartija que abrió la calle Mejía”, FONSAL, Quito, 2003, p. 307-308

Homenaje a los fotógrafos ecuatorianos¹

Fray Agustín Moreno Proaño, o. f. m.
de la Academia Nacional de Historia

Una de las aspiraciones profundamente arraigadas en el ser humano, desde que está sobre la tierra, a lo que parece desde unos tres millones de años, es la de perpetuar su imagen para que sea admirada por las generaciones siguientes. Cuando se descubrieron las célebres cavernas de Altamira en España y de Lascaux en Francia, lo que más asombró a los arqueólogos fueron las figuras humanas de los cazadores persiguiendo a los bisontes, renos y más animales históricos y prehistóricos, tan bellamente dibujados y pintados por el hombre primitivo que, con razón, la cueva de Altamira ha sido calificada como la capilla Sixtina del hombre de neandertal. Lo mismo se puede afirmar en nuestra América y en nuestro país, de los frescos encontrados en las pirámides de Sonampac y Tikal o en los petroglifos del Carchi o de Paltacalo, en los cuales la figura humana se mueve ágil y nos da una imagen suficiente de cómo fueron nuestros antepasados, de sus preocupaciones, de sus rasgos físicos, fisiológicos y fisonómicos, dando un material suficiente para las elucubraciones de antropólogos, arqueólogos e investigadores sociales.

Sin embargo, llama la atención que esta angustia vital del ser humano por perpetuarse en el recuerdo no logró plasmarse en conquistas técnicas sino muy tardíamente, ya que, como profundamente reflexiona el filósofo alemán Karl Jaspers, de los millones de años que anteceden, a nuestro presente, apenas si tenemos datos serios y objetivos de los 7.000 años de nuestra era, porcentaje insignificante de tiempo en el que hemos podido constatar cómo fueron, por ejemplo, los faraones egipcios y sus esposas, los emperadores asirios y sus cortes de honor, gracias, sobre todo, a los artistas plásticos, escultores y pintores que nos dejaron esos retratos de inimitable viveza y de un valor artístico trascendental ¿Quién no se emociona ante el busto de la reina Nefertiti, hoy en el Museo del Emperador Federico de Berlín, o ante las majestuosas barbas de Azurbanipal en el museo de Bagdad, hoy lamentablemente profanado y saqueado por la insensatez y soberbia de quien se cree amo del mundo?

Igual cosa puede decirse de los retratos de la esposa del señor Giocondo, más conocida como la “Monalisa”, o de Ana de Cleves, ambos en el Museo de Louvre o los incomparables lienzos de los hermanos van Eyck, que nos ponen delante de los ojos los mercaderes florentinos o de Flandes que manejaban los caudales europeos, poco antes del descubrimiento de América.

A la representación del ser humano: hombres, mujeres, niños, niñas, se fue adjuntando la de escenas históricas de gran realismo o de hechos memorables como batallas, rendiciones militares, firmas de convenios, etc., tales como las pinturas de Paolo Ucello o la incomparable rendición de Breda de Diego Velásquez o los insuperables retratos del emperador Carlos V hechos por el Tiziano.

Toda esta fabulosa riqueza documental pictórica y escultórica estuvo reservada para poquísimas miradas en los palacios de sus poseedores, pero el ser humano común no pudo darse la satisfacción de tener en su humilde casa la imagen de sus antepasados ya fuese en un pequeño retrato de cartón.

El enorme impulso teórico que sacudió los finales del siglo XVIII y todo el siglo XIX, abarcó también el tesoro de la luz, cuya captación fue una de las preocupaciones mayores de los físicos y químicos de esa época, en el afán de que la fotografía se extendiese a todos los niveles y se constituyese en un archivo de la memoria, como hoy se dice, gracias a la técnica del retrato, que ha pasado, en menos de 160 años, de las más elementales experiencias, a los perfectísimos sistemas por medio de los cuales hoy nos llegan desde el vasto cosmos fotografías, instantáneas y perfectísimas, de los anillos de Saturno, de los satélites de Júpiter o de las rojas planicies de Marte.

Así como el gran regalo que Dios puso en la naturaleza para el hombre que es la electricidad, no fue captado para un uso real sino muy tardíamente por Alejandro Volta y es sin duda la revolución científica y técnica mayor de la especie humana por sus consecuencias, así también los primitivos ensayos por captar el rayo de luz en una placa hechos por el flamenco Scheele

¹ Discurso pronunciado con motivo de la presentación del libro “El Quito que se fue, 1850-1912”, volumen I, editado por la Academia Nacional de Historia del Ecuador, con la colaboración del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito (FONSAL), en el mes de diciembre del año 2003.

y por el alemán Wedgwood entre 1790 y 1802, fueron abriendo el camino para que dos grandes inventores franceses Nicéforo de Niepce en 1827 y Louis Jacques Mandé Daguerre sorprendiesen al mundo con las primeras impresiones de retratos de personas o de lugares y sitios que captaban sus lentes a través de grandes cámaras oscuras y las fijaban en placas de metal o de vidrio para luego, de esos negativos, hacer impresiones positivas de duración limitada.

Fue el fotógrafo Grey el primero en utilizar el colodión para dar ese tinte de tonalidad café y que perduró durante el medio siglo. Luego vinieron los aportes técnicos de los señores, Eastman Kodak en Búfalo, Estados Unidos y del señor Gevaert en Bélgica, que desarrollaron diferentes tipos de películas y mejoraron la calidad de las cámaras, reduciendo sus tamaños poniéndolas al alcance de cualquier aficionado.

Al mismo tiempo, sabios investigadores alemanes, en la ciudad de Jena se aplicaron a perfeccionar los lentes de captación de las imágenes, llenando el mundo con la fama de la célebre compañía Zeiss Ikon, urgentemente trasladada al Japón antes del desastre total de los ejércitos alemanes en la segunda guerra mundial, dando así origen a un fabuloso crecimiento de la industria de los derivados de los lentes en el ex imperio del Sol Naciente, que hoy lleva la delantera en la producción de cámaras, televisores, computadoras, telescopios, microscopios, medios de comunicación rápidos y más avances originados en el descubrimiento de la fotografía.

Cuando a mediados del siglo XIX, nuestros aristócratas serranos y costeños iban, preferentemente a Europa, a educarse, uno de los envíos obligados a sus familiares era el de sus fotografías tomadas en los talleres de París y que causaban conmoción en los incrédulos ecuatorianos.

Por obra del azar cayó en mis manos un viejo breviario, en el que su dueño primitivo había puesto de señal una preciosa fotografía de nuestro insigne don Juan Montalvo y que traía, detrás de ella, de pluma y letra del gran escritor, una afectuosa dedicatoria a un amigo, cuyo nombre no recuerdo y que moraba en Quito en la década de los años 1880. Esa fotografía, muy hermosa, por cierto, la regalé al Padre Jasé María Vargas para que la colocase en el Museo Jacinto Jijón y Caamaño de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, junto al retrato del cosmopolita, pintado por don Luis Cadena, y que debió ser tomado de otro ejemplar de la misma fotografía o acaso de la que tuve la dicha de tener en mis manos. Fueron justamente inmigrantes europeos los que iniciaron en nuestro país, especialmente en Quito y Guayaquil, el arte fotográfico, tanto de personas como de paisajes, y especialmente de la riqueza arquitectónica de nuestra capital que llamó poderosamente la atención por sus refinamientos clásicos, en medio de una sociedad mayoritariamente analfabeta y culturalmente ignorante que no sabía apreciar las joyas artísticas que abundaban en el medio en que vivía. Por escasez de tiempo no he podido comprobar los nombres y el tiempo de estadía de esos fotógrafos europeos, pero no puedo menos de mencionar a don Enrique Morgan, que instaló su taller de fotografía en Quito con un éxito inmediato; ya que las gentes de recursos venían de todas partes del país, a lomo de mula, y trayendo baúles de ropa para ser retratados por el fotógrafo con sus mejores “posturas” y sometándose al largo proceso de la fijación de la imagen a través de los lentes y la cámara oscura. Fruto de este trabajo responsable se conservan en todo el país retratos de personas y grupos en fotografías colocadas en una especie de marco de cartón prensado de color gris, en la parte baja de los cuales iba impreso casi en alto relieve el nombre del fotógrafo. Uno puede ver el esmero con que se hacían esos retratos, pues hasta el día de hoy conservan un claro reflejo de la realidad.

Por supuesto, que la belleza de las mujeres y jóvenes ecuatorianas de la época, es impactante, es auténtica y ni se imaginaban que un siglo y medio más tarde sus descendientes iban a requerir del bisturí para realzar la hermosura que Dios les dio.

En el taller de Morgan aprendieron algunos quiteños el arte de la fotografía y han quedado a la memoria los nombres de don Benjamín y don Carlos Rivadeneira Cruz, sobre los cuales pueden hallarse valiosísimos datos biográficos en la extensa monografía que el connotado genealogista e historiador y dilecto colega Dr. Fernando Jurado Noboa escribiera con el título de “Los Rivadeneiras antes y después de Colón” en tres robustos tomos. Recomendando la lectura de esa valiosa investigación especialmente a quienes de una manera u otra, tengan lazos familiares con ese ilustre apellido.

Don José Domingo Lasso fue otro de los discípulos de Morgan y que tuvo la suerte de ser becado a Francia, donde naturalmente estuvo en contacto con los más prestigiosos maestros del nuevo arte y al volver a Quito dejó una copiosa producción, en gran parte conservada en el museo gráfico o archivo de la memoria del Banco Central del Ecuador.

En el trascendental libro que esta mañana entrega a la curiosidad ecuatoriana, se reproducen fotografías de esos artistas y de algunos más que también tomaron con cariño esa afición tales: don Roberto Cruz, don Víctor y don Carlos Mena Caamaño, don Carlos Flores Guerra, cuyos recuerdos gráficos engalanan las colecciones de gentes cultas que, amando a la ciudad y a al país, han preservado esos recuerdos de la pérdida o destrucción.

Es un verdadero gozo para el espíritu el *“volver los ojos al azul lejano a lo que fue tender trémula mano, regresarse a mirar lo que no existe, todo eso es tan humano y tan humano, pero es todo tan solemne y triste”*, como decía el eximio Remigio Romero y Cordero.

Ahora que, con sobrada razón, se da preferencia a la historia social sobre historia política, cualquiera ve la trascendencia de estos documentos gráficos que pudiéramos decir que superan a los meramente escritos y en los que se revive el pasado con vivencias que han desaparecido, con costumbres y modos de otros tiempos, con vestidos y trajes que tuvieron su puesto de honor y formaron parte de la etiqueta de otros siglos, como el uso de los pantalones diplomáticos y los sombreros buches o cocos o mocoras para las diversas asistencias oficiales, las amplias faldas de las damas sobre los molestos miriñaques, las ampulosas golos de abultados encajes para primeras comuniones de los niños; los indígenas, campesinos y montubios con sus clásicos ponchos de dos caras y sus arreos multiformes.

Está allí también eternizadas las luchas civiles, los avatares políticos, los lentos avances urbanísticos y hasta las tragedias de los terremotos, de las erupciones y otras desgracias naturales que dejaron honda huella en la población de esas épocas.

Al rendir homenaje a los fotógrafos ecuatorianos, no puedo olvidar aquellos centenares de modestos trabajadores y reporteros que fijaron para su tiempo y el porvenir las imágenes de cuando ha acontecido en el cotidiano vivir, como los hermanos Pacheco o Hugo Cifuentes y aquellos otros que hemos visto en las plazas de las pequeñas ciudades a la caza de transeúntes que, embobados por la maravilla de ver su retrato en una tarjeta postal, esperaban ansiosos el turno para llevar al hogar del recuerdo de su vida o tal cual evento religioso, comercial, deportivo o de entrenamiento.

Enfáticamente quiero manifestar mi felicitación a la Academia Nacional de Historia, cuyo centenario de fundación se va acercando velozmente y a FONSA, por su patrocinio para la edición de tan trascendental testimonio, que será para Quito algo así como los riquísimos *“Cabinets des Estampes”* de los que se enorgullecen los Archivos Nacionales de París y de Bruselas, donde se hallan los más preciosos documentos gráficos a los que hay que acudir para una completa historia de la humanidad.

El libro *“Quito que se fue”*, está por añadidura, enriquecido por sabrosas notas históricas, breves y necesarios escritos por la sabia investigación de Fernando Jurado Noboa y aporta así una indispensable lección para el perfecto manejo de sus páginas.

Breve semblanza del fotógrafo quiteño José Domingo Laso

Alfonso Laso Bermeo
Quito, diciembre de 2003

José Domingo Laso, nació en Quito en el año de 1870 y murió el 7 de mayo de 1927. Se casó con la señora Delina Iturralde Iturralde y tuvo tres hijos: Alfonso, Luis Eduardo y Jorge, quienes ayudaban a su padre en su profesión, vinculada con las artes gráficas. Sus tres hijos adquirieron una gran afición por estas tareas, por lo que consintió a que el mayor siguiera en su profesión, mientras envió al segundo, Luis Eduardo, a la universidad a estudiar ciencias sociales y leyes. El menor ingresó al colegio La Salle, donde concluyó sus estudios de contabilidad.

José Domingo quedó huérfano siendo un niño muy pequeño. Ingresó a la escuela de El Cebollar, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde cursó toda la primaria. Los religiosos imponían una férrea disciplina y tenían por método castigar a los atrasados con un palmetazo por cada minuto, destacándose José Domingo, quien nunca recibió ese castigo. Alguna vez contó a sus hijos que la única vez que faltó a su escuela fue el día de la graduación, pues sus profesores exigían que se presentara con un terno nuevo, el cual él no tenía y su abuelita, en afán de ayudarlo, había tratado de adaptar a su talla un traje de su padre, que había muerto cuando él era muy pequeñito, pero lamentablemente dicho traje no le quedó bien. Se excusó y no asistió a la entrega del diploma.

Fue recomendado por su maestro escolar, pues al ingresar al colegio tenía que trabajar para ayudar económicamente a su abuelita. No perdió tiempo y al ingresar al plantel dirigido por sacerdotes salesianos, trabajó en la imprenta de la institución, quedándose hasta muy tarde en las noches para llevar a su abuela su pequeño salario. Se conoce que una hermana de su padre contrajo matrimonio con un señor Pólit y uno de los hijos de esta pareja fue el Arzobispo de Quito de apellidos Pólit Laso, que resultaba primo hermano de José Domingo Laso.

Cuando trabajaba en la imprenta del colegio, José Domingo recibió la ayuda de un religioso italiano, quien le regaló varios libros que le interesaron, que a más de la imprenta, trataban de otras artes gráficas: fotografía y fotograbado. Alguna vez comentó que cuando era joven, no había en Quito sino un fotógrafo cuyo nombre era Camilo Pérez, quien era una persona de edad avanzada que había perdido todo el entusiasmo por su trabajo. En esas circunstancias, José Domingo comprendió que la fotografía podía ser una buena profesión.

José Domingo Laso hizo álbumes de la ciudad de Quito y muchas ilustraciones para el Bole-tín de la Academia Nacional de Historia. Años más tarde, con sus ahorros, pudo hacer un viaje a Europa, visitó Francia y España y en ese país consiguió trabajo en la editorial Espasa, donde conoció maquinarias avanzadas y métodos de trabajos más modernos. Fue ahí donde aprendió el fotograbado.

A su regreso de Europa fue el primero en introducir el fotograbado en el Ecuador. Comenzó a hacer fotograbados, ya que pudo traer los elementos indispensables que le sirvieron para establecer un pequeño taller, pero sus clichés no tenían clientes, porque los periódicos no llevaban ilustraciones. Para que no se dañaran ácidos y otras sustancias químicas que había traído, tuvo que fundar una revista a la que le llamó "*La ilustración ecuatoriana*". Él dirigía la parte gráfica y para la sección literaria pidió el concurso de distinguidos intelectuales de esa época como don Celiano Monge, el doctor Alfonso Moscoso, don Isaac Barrera, entre otros. Esta publicación la mantuvo por dos años, tiempo en el cual sus discípulos habían instalado dos talleres de fotograbado, uno en Quito de propiedad de El Comercio y el otro en Guayaquil de propiedad de El Telégrafo. Cuando tenía problemas, tanto en fototipia, como en fotograbado, los resolvía con el auxilio del Padre Francisco Clero, sacerdote jesuita, profesor de física del colegio San Gabriel, un verdadero sabio en esas materias.

José Domingo Laso realizó algunos libros sobre las iglesias de Quito y sus tesoros. Conoció todos los templos llenos de arte y fue un especialista entre los grandes artistas que plasmaron en maravillosos detalles las iglesias quiteñas. Colaboró con el señor José Gabriel Navarro en su libro "*La escultura en el Ecuador de los siglos XVI y XVIII*" que fue impreso en Madrid en 1929. Más de 120 fotografías que aparecen en ese libro fueron elaboradas en gran parte por José Domingo y por su hijo Alfonso Laso Iturralde. Sus otros dos hijos Luis Eduardo y Jorge, también ayudaban a su padre en esa labor, quienes tenían un horario de siete de la mañana hasta avanzadas horas de la noche en sus trabajos diarios de fotografía.



Breves datos biográficos de los fotógrafos Rivadeneira

Luis Bossano Rivadeneira
Quito, abril de 2004

Benjamín Rivadeneira Guerra

Benjamín Rivadeneira fue uno de los pioneros de la fotografía en Quito. Personaje de gusto exquisito y dedicado al cultivo de las artes, entre ellas la música, la escultura y la pintura. Debido a su afición y por medio de su negocio, realizó un pedido de una cámara de fotos y con ella inició un proceso que le involucraría con la fotografía.

Nacido en Quito, fue bautizado en la parroquia de San Roque el 11 de enero de 1855 y criado por sus tíos Luis Rivadeneira y Natividad Guerra de Rivadeneira.

Antes de dedicarse a la fotografía, su actividad fue la comercial, que la realizó en sociedad con Luciano Laffite, negociante francés con quien estableció un almacén de ventas de productos importados y bisutería, en los bajos de la Casa Presidencial.

Al conocer los vecinos de la ciudad que Benjamín Rivadeneira tomaba fotografías, fue requerido para captar retratos o eventos sociales: bautizos, matrimonios, celebraciones religiosas, etc. Inicialmente lo hizo atendiendo pedidos de familiares y amigos cercanos; sin embargo, al ver la demanda se interesó más por la actividad fotográfica que por su negocio comercial, del que terminó separándose y concentrándose en su nueva ocupación.

Son reconocidas sus fotografías, destacándose de otros con quienes compartía la misma disciplina. En Quito y sus áreas cercanas existen colecciones importantes de este fotógrafo, todas ellas referidas a familias que fueron reuniendo las imágenes de los personajes y los acontecimientos más importantes de cada una de ellas. Como era costumbre de la época, para este tipo de producción llama la atención las impresiones -por lo general en sepia- y la forma como el soporte, de gruesos y lujosos papeles, engalanaba las imágenes y las preparaba para su inmediata exhibición.



En la Exposición Nacional de 1881 fue premiado con una medalla e inmediatamente a año seguido ganó otro premio, con unas recordadas fotografías de los Académicos de la Lengua y de los Ministros de la Corte Suprema.

En 1894 colaboró eficientemente en la edición del lujoso libro “*El Ecuador en Chicago*”, publicado por El Diario de Avisos de Guayaquil en Nueva York, obra que contribuyó a la presencia del Ecuador en la exhibición internacional de esa ciudad.

Con los años tuvo su casa propia en la esquina sur oriental de las calles Olmedo y Flores; allí instaló su estudio, donde él mismo elaboraba las placas de bromuro de plata y recibía la ayuda de sus hijos Carlos, César, Felisa y Luis; de ellos, Carlos fue quien finalmente heredó la afición de su padre y se convirtió en un notable fotógrafo. Benjamín testó y murió viudo el 18 de noviembre de 1936, en la parroquia González Suárez de su ciudad natal.

Carlos Simón Rivadeneira Cruz

Nació en Quito el 28 de agosto de 1892 y fue el sexto y último hijo de la familia Rivadeneira Cruz.

De muy niño y estudiando en la escuela Luis Felipe Borja en 1906, recibió como regalo de su padre una cámara de fotos con la que inició su afición por la fotografía y fue el origen de un proyecto que se conoce hasta la actualidad, aquel referido a la recolección de imágenes sobre el paisaje urbano de la ciudad de Quito, que buscaba a través de las imágenes integrar la esencia de su riqueza arquitectónica y urbana.

Siendo fotógrafo consolidado y deseoso de perfeccionar sus conocimientos sobre este arte, pasó un periodo -entre 1918 y 1919- en los Estados Unidos de Norte América. Trabajó en tres



empresas de fotografía de Nueva York y en la que más destacó fue en Underwood & Underwood, quizá en ese entonces una de las más importantes de ese país. Regresó a Ecuador al final de la primera guerra mundial, tras haber superado una grave influenza que costó la vida de millares de estadounidenses.

Ya en el país, trabajó con su padre Benjamín en su estudio fotográfico y posteriormente, al retiro de éste, asumió la responsabilidad del taller, dándole una nueva orientación a partir de las experiencias adquiridas en su formación.

Casado con Concepción Salas V. se separó de su padre y estableció su propio estudio y decidió -a partir de un proyecto original- construir su casa y estudio en el chalet Aída, en la actual avenida América y Caracas. Al poco tiempo el estudio de su padre, en manos de sus otros hermanos, perdió importancia y finalmente se cerró con la enfermedad y posterior muerte de Benjamín Rivadeneira.

En su nuevo estudio fue fotógrafo muy solicitado, a él había que llegar previa cita. Pero a más del trabajo de estudio, que ha dejado una muestra importante de su trabajo sensible, su dedicación a la búsqueda de imágenes locales de paisaje o de eventos y acontecimientos fue incansable.

Carlos Rivadeneira hombre prolífico recibió por su trabajo, entre otras distinciones, un diploma de primera y medalla en la Exposición Nacional de Artes e Industrias, en conmemoración del primer centenario de la Batalla del Pichincha en mayo de 1922 y en 1934; el Premio Mariano Aguilera en el salón de Artes de Quito, y el Diploma d'Merito en la I Biennale Internazionale D'Arte Fotografica de Italia.

Su preocupación, quizá parecida a ciertos fotógrafos en la actualidad, fue la de que se reconociera a la fotografía como un arte y para consolidar esta idea realizó alrededor de treinta exposiciones en diversos espacios para el arte en Quito. Murió después de un día normal de trabajo, en la ciudad de Quito el 30 de abril de 1976.



Las fotografías

La Plaza Grande



La Plaza Grande de Quito la transformó en parque el presidente García Moreno, hacia el año 1863. Se mira la diagonal oeste-este, al fondo, a la izquierda, el Palacio Arzobispal y a su derecha, la casa colonial que sería derrocada a inicios del siglo XX para reemplazarse con el edificio de la fundación Pérez Pallares. (Estereoscópica, ¿1868?).



La fuente colonial del centro de la plaza fue construida en el siglo XVI y retirada de su lugar a finales del siglo XIX, para dar paso a la construcción del monumento dedicado a los héroes del 10 de Agosto de 1809. Hoy esta fuente se conserva en el parque principal de la cercana población de Sangolquí. (Estereoscópica, ¿1868?).



Después del fatídico terremoto que asoló a Ibarra en 1868 y que provocó serios daños en las edificaciones de Quito, la gente evitó durante algún tiempo ingresar a los templos. Por esto en el templete de la Catedral se instaló un altar provisional, celebrándose la misa al aire libre, tal como lo confirma la leyenda escrita tras la fotografía: “*El pueblo oyendo misa en el antiguo parque después del terremoto*”. (Estereoscópica, 1868).



“*El pueblo agrupado en el antiguo parque*”, reza la leyenda escrita tras esta fotografía, ignorándose la causa de la reunión. Se mira la diagonal este-oeste, al fondo se distingue la cubierta de la antigua universidad y su campanario y, detrás, las esbeltas torres del templo de San Francisco, con su altura original. (Estereoscópica, ¿1868?).



El monumento a los héroes de 1809 lo inauguró el general Eloy Alfaro el 10 de agosto de 1906 y junto con él, el remodelado parque que se cercaba con una alta verja y portones esquineros. En esta fotografía, probablemente de la década de 1910, se ve aun el despuntado campanario de la catedral, víctima del terremoto de 1868. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



En 1888, por resolución del Concejo Municipal, se cambió oficialmente de nombre a la Plaza Grande por “Plaza de la Independencia”, pero la tradición a mantenido el primero. En esta vista diagonal de la plaza desde el norte, se mira al fondo el ángulo de las calles Espejo y Venezuela. La plaza fue siempre el espacio más importante de convocatoria de todos los estratos de la sociedad quiteña, aunque la reja excluía a la plebe, que debía limitarse a caminar por afuera de ella.



Tomada desde el campanario de la catedral, esta fotografía testimonia el tendido de la primera red de agua de la ciudad, con tuberías de hierro, frente al Palacio de Gobierno. En la esquina de la calle Chile, frente a la iglesia del monasterio de la Concepción, aún está en pie la casa que unas décadas más tarde se derrocará para la construcción del hotel Majestic.



Desfile cívico en la Plaza Grande, a la derecha el templo de Carondelet construido a inicios del siglo XIX para dar realce al atrio y al ingreso lateral de la catedral. Al fondo, el entonces renovado edificio del Cabildo Municipal. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Recorrido de un desfile militar por la calle Chile en la Plaza Grande, en la primera década del siglo XX. Al fondo, la restaurada torre del templo de San Agustín se recorta sobre la limpia colina del Itchimbía. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira). [IC].



El mismo ángulo de la fotografía anterior -un poco más bajo- captado medio siglo más tarde. Aparece ya el edificio de la fundación Pérez Pallares, en la esquina de las calles Chile y Venezuela, pero aun subsisten las viejas casas vecinas a la Municipalidad. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).



La calle Espejo, sobre la Plaza Grande, se mantuvo carrozable hasta la remodelación de inicios de la década de 1940. Los quiteños llamaban “carros de plaza” a los coches de alquiler, que hoy universalmente se conocen como “taxis”, porque sus puesto fijos o “controles” se hallaban en las plazas públicas. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Vista de las casas que se levantaban en la cuadra de la calle Venezuela frente a la Plaza Grande, en 1922. Su absurdo derrocamiento, a inicios de la década de 1960, fue consumado para dar paso a un descomunal proyecto para sede municipal, que felizmente no se concretó por su alto costo. (Fotografía: José Domingo Laso).



La calle Venezuela, frente a la Plaza Grande, en una fotografía de la década de 1930. Frente al Palacio Municipal se encuentra un tranvía, sistema de transporte público que se inició en 1914 y terminó pocos años antes de 1950.



El mismo ángulo de la fotografía anterior, una década más tarde, con un autobús de servicio público en el mismo sitio del tranvía de la imagen anterior. Los autobuses de ese tipo circularon a partir de 1938.



La Plaza Grande en los inicios de la década de 1930, vista desde el norte. (Fotografía: Davenport).



La Plaza Grande vista desde el este, por las mismas épocas de la imagen anterior. Se destacan los grandes bosques de eucaliptos en el Pichincha, especialmente en la zona de Tociuco, la plaza aún cercada y el Palacio de Gobierno sin el tercer piso de la residencia. [IC].

La Catedral



Al establecerse el Obispado de Quito en el año 1545, la Iglesia parroquial de los españoles, de barro y paja, fue sustituida por la catedral, consagrada en el año 1572. Sucesivas ampliaciones y transformaciones, exigidas por el crecimiento poblacional y los terremotos, cambiaron su fisonomía. En esta imagen de la década de 1930 se la ve con cubierta de zinc, aún sin las lápidas con los nombres de los fundadores de la ciudad, y en la plaza, al parecer, grandes bobinas de alambre.



El templo de Carondelet, erigido por el arquitecto Antonio García en 1807, estaba originalmente recubierto con un tratamiento que semejaba mármol, sustituido más tarde por pintura de cal, tal como se ve en esta fotografía de mediados de 1930.



Inusual ángulo fotográfico de la catedral. Tomada desde la calle Espejo, se mira la porción norte de la llamada “Casa de Casillas” del Cabildo Eclesiástico, la culata de la iglesia con la cúpula trasera, la grada larga del atrio y el templete aún blanqueado. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



La Plaza Grande fue remodelada a inicios de la década de 1940, retirándose la reja que la cercaba, modificándose la jardinería y reemplazándose las fuentes de hierro de las esquinas por otras de piedra de estilo neocolonial. Esta fotografía, probablemente de inicios de la década siguiente, testimonia además otros cambios: la colocación en la fachada de la catedral de las lápidas con los nombres de los fundadores de la ciudad española (1934) y la construcción del edificio del banco La Previsora (1938). (Foto Utreras Hnos.).



Portada de la sacristía de la catedral. Levantada hacia 1662 con un refinado labrado de piedra, tiene la particularidad de que en su coronamiento se encuentra representada la Trinidad con tres figuras humanas iguales. (Fotografía: André Roosevelt).

El Palacio de Gobierno



La fisonomía neoclásica del Palacio de Gobierno es resultado de diversas intervenciones a lo largo del siglo XIX, que se inician a finales de la Colonia con Carondelet, continúan con J. J. Flores al crearse la República y prosiguen con diversos presidentes, como Roca, Carrión, García Moreno y Caamaño. En esta imagen de la década de 1930 se lo admira en todo su valor, antes de la desafortunada intervención del gobierno de Ponce Enríquez hacia 1960.

El Palacio Arzobispal



El costado norte de la Plaza Grande, luego de la inauguración del monumento a los héroes del 10 de Agosto. El solar en el que se edificó el Palacio Arzobispal fue primero de los Núñez de Bonilla y luego de los jesuitas. A mediados del siglo XVII se lo permutó por las viejas casas episcopales, ubicadas frente a la portada de pies de la catedral, para ampliar las instalaciones de la Compañía de Jesús. [IC].



El Palacio Arzobispal en una fotografía anterior a 1920.
[IC].



El Palacio Arzobispal fue sometido a una remodelación en el año 1920, aumentándose entre otros elementos en la fachada, un acroterio que oculta la cubierta de teja.

El Palacio Municipal



El Palacio Municipal, compartió desde los inicios de la vida de la ciudad la cuadra de la calle Venezuela frente a la Plaza Grande, con casas particulares. En esta vieja fotografía de finales del siglo XIX se admira la magnífica unidad que tenía la ciudad. (Fotografía: José Domingo Laso).



Para la celebración del centenario del primer grito de la independencia, es decir, para el año 1909, se remodeló el Palacio Municipal con un proyecto del artista y arquitecto portugués Raúl María Pereira. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Para la fecha de esta fotografía (¿1930?) ya había desaparecido del remate central del Palacio la efigie de la Libertad que la coronaba.



El Palacio Municipal continuó en pie hasta 1961, cuando por una desafortunada decisión del Cabildo se lo derrocó, junto a las casas vecinas que fueron expropiadas. Convocado un concurso internacional de arquitectura, el proyecto ganador contemplaba una torre de más de una decena de pisos en el centro de la manzana, que no se levantó, más por falta de financiamiento, que por sensatez urbana y arquitectónica. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).

San Francisco



El 16 de agosto de 1868 ocurrió el terremoto que destruyó la ciudad de Ibarra y a los pueblos vecinos. Los efectos sobre Quito también fueron graves, dañándose varios conventos e iglesias, por lo que el temor de la gente a entrar en estas estructuras deterioradas obligó a construir templos provisionales, como este “...choson de la plaza de San Francisco donde celebraban misa después del terremoto”. (Estereoscópica, 1868).



El atrio de San Francisco, construido en las primeras décadas del siglo XVII, visto desde el sur en una fotografía de finales de la década de 1860. En primer plano la cruz de piedra frente a la capilla de Cantuña y al fondo el templo de La Merced. (Estereoscópica, ¿1868?).



La iglesia de San Francisco sufrió la caída de sus campanarios con el terremoto de 1859; reconstruidas, nuevamente se vinieron abajo con el terremoto de 1868. Esta fotografía debió tomarse, precisamente, antes de este último evento.



Al caerse en 1868 los reconstruidos campanarios de la iglesia, la comunidad franciscana carente de recursos, se vio imposibilitada en rehacerlos en su forma original. Se optó por construir el chapitel de remate directamente sobre el primer cuerpo, perdiendo así la esbeltez que la caracterizaba. La obra fue ejecutada por el arquitecto Pedro Aulestia y terminada en el año 1892. [IC].



Singular vista del atrio y de la plaza, desde la esquina de las Calles Bolívar y Cuenca. La plaza aún se utiliza como mercado, por lo que esta toma debió ser impresionada a finales del siglo XIX o inicios del XX. (¿José Gabriel Navarro?)



El atrio de San Francisco desde la portería conventual, mirando hacia la iglesia de La Merced, con la calle Cuenca por delante y al fondo la loma de San Juan, con sus primeras casas. ¿Inicios del siglo XX? (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Con la salida del mercado público de la plaza y la inauguración en la vecina plazoleta de Santa Clara de un moderno mercado el 1 de enero de 1904, ésta se convirtió en un espacio ajardinado.



Elocuente fotografía que testimonia la situación original del coro del templo de San Francisco, antes de la destrucción de parte de la sillería, por la inserción de un moderno órgano en diciembre del año 1932.



Otra vista del coro del templo de San Francisco, con el facistol, los libros corales, las imágenes originales de la Virgen de Quito y San Francisco, y el espacio como fue hasta antes de la colocación del moderno órgano eléctrico en 1932, que destruyó varios siales delanteros de cada lado.



Vista exterior general del conjunto franciscano, con la plaza convertida en parque, en una fotografía de los años veinte del siglo pasado. La casa de la familia Gangotena, al extremo izquierdo se incendió en 1914 y fue reemplazada por la que se ve, obra del arquitecto Antonino Russo.



Otra vista de la plaza y el conjunto franciscano, por la misma época de la toma anterior.



Por resolución del Concejo Municipal de 1888, presidido por Francisco Andrade Marín, se cambiaron oficialmente los nombres de varias plazas de la ciudad. A la de San Francisco se la llamaba “Bolívar” en las primeras décadas del siglo XX había la decisión de construir en él el monumento al Libertador, pero finalmente se lo construiría en el parque de La Alameda a mediados de la década de 1930.



Sin embargo, la plaza no se libró de un monumento, pues a inicios de la década de 1930 se inició la construcción del dedicado al arzobispo historiador Federico González Suárez, como se ve en esta fotografía captada desde la terraza de la residencia de los jesuitas. El jardín desapareció, la plaza se adoquinó, conservándose únicamente unas franjas de jardín en los bordes de las calles Sucre y Bolívar.



Terminado el monumento con la escultura de González Suárez, realizada por Luigi Casadio en 1932, se adecuó la plaza hacia la calle Benalcázar con una escalinata, se retiraron los jardines remanentes, adoquinándose íntegramente su superficie. (Fotografía: Utreras Hnos.). [IC].



Pero la plaza no solo alojó al monumento, sino que también se convirtió en un absurdo, pero ordenado, estacionamiento para automóviles.



Vista en diagonal, desde el occidente, de la plaza de San Francisco con el monumento a monseñor Federico González Suárez en el centro.



Más tarde, se labró en piedra una réplica de la pila que tradicionalmente tenía la plaza y que se había retirado a inicios del siglo XX, trasladándose a la parroquia de Calacalí, donde ahora se conserva. (Fotografía: Bodo Wuth, 1960).



Los cambios provocados en la superficie de la plaza de San Francisco, desde la salida del mercado a inicios del siglo XX, alteraron también la apreciación del monumento principal, la iglesia, que a más de competir con el monumento a González Suárez, perdió esbeltez al levantarse la plaza. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).

La Compañía de Jesús



Singular toma desde la plaza de San Francisco hacia las cúpulas de la iglesia de la Compañía. En primer plano la pila de la plaza y al fondo destaca el que se dice fue el campanario más alto de Quito. Dañado gravemente con el terremoto de 1859, el de 1868 obligó a su demolición y no se lo ha reconstruido. (Estereoscópica, 1868).



Desde la plaza de San Francisco, convertida en frondoso jardín, se entrevén las cúpulas de la iglesia de la Compañía. Las huellas de los terremotos del siglo XIX se van curando.



Vista de una porción de la plaza de San Francisco, desde el sur occidente. Al centro, a la derecha, las cúpulas de la Compañía de Jesús, más atrás, la del Sagrario. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).



Desde un ángulo semejante a la fotografía de la página 64, se ve en el chaflán la portada de ingreso a la residencia de los padres jesuitas. En primer plano, la plaza de San Francisco que ha perdido sus altos árboles. (Fotografía: Davenport).



Salida de misa en la iglesia de la Compañía de Jesús, hacia 1930. Como se ve, la mayoría de la gente vestía ropa oscura. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).

Santo Domingo



El temor de los habitantes de Quito a permanecer en sus casas averiadas por el terremoto de Ibarra de 1868, les llevó a acampar en las plazas públicas, como testimonia esta fotografía con la leyenda: “*Plaza de Santo Domingo con las barracas en los días del terremoto*”. Al fondo, el antiguo colegio dominicano de San Fernando. (Estereoscópica, 1868).



A la plaza de Santo Domingo se la cambió de nombre a “Plaza Sucre”, por resolución del Concejo Municipal de 1888, cuando se cambiaron oficialmente los nombres de varias plazas de la ciudad. La iglesia y el convento de Santo Domingo, frente a la plaza remodelada con jardines a inicios del siglo XX. [IC].



El monumento al mariscal Sucre se inauguró en el centro de la plaza de Santo Domingo el 10 de agosto de 1892. La escultura es del escultor francés Falguiere y el pedestal fue diseñado por el arquitecto quiteño Gualberto Pérez. [IC].



Los automóviles eran objeto de lujo en la pequeña ciudad de Quito del año 1910, que no llegaba por el norte sino hasta la Alameda y por el sur hasta el río Machángara. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Con el paso de los años, crecieron los jardines, se sembraron árboles y se colocaron fuentes de agua en los extremos de la plaza.



La iglesia de Santo Domingo en la década de 1930. [IC].



Para inicios de la década de 1940 ya se había aislado al monumento en el centro de la plaza, así como a las fuentes de los extremos, desaparecieron los jardines y se confinaron los pocos árboles que había.



La iglesia de Santo Domingo vista de frente y a la derecha la capilla de la Virgen del Rosario. (Fotografía: Davenport).



Por los años 1930, aun convivían en las calles y plazas de Quito los peatones con los jinetes, los coches tirados por caballos, los tranvías, los autobuses urbanos y los automóviles.



El monumento a Sucre, en la plaza de Santo Domingo, se recorta frente a la casa de García Moreno y a un Panecillo de pocas casas y muchos árboles. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).



Para la fecha de la toma de esta fotografía, ya se han añadido los frontones triangulares en las portadas laterales de la iglesia, abiertas a finales del siglo XIX. Las transformaciones prosiguen... [IC].



Hacia 1956 se rebajó el pedestal del monumento a Sucre y se construyó a su alrededor una monumental fuente de piedra con bordes convexos, con una jardinera siempre descuidada. En una sinuosa pantalla se colocaron los tres relieves de bronce que se retiraron de la base cuadrangular del pedestal. El resultado fue desastroso. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).



Con las transformaciones de 1956 la plaza desapareció, al convertirse el centro en un islote en medio de las vías asfaltadas, ubicándose en otras islas las paradas de autobuses, protegidas con grandes viseras curvas de hormigón. (Fotografía: Pacheco).



El antiguo colegio dominicano de San Fernando, construido a finales del siglo XVII, fue entregado en el año 1862 por García Moreno a las religiosas francesas de los Sagrados Corazones, que adaptaron el edificio a sus necesidades educativas y conventuales. Frente al colegio religioso funcionó hasta inicios de la década de 1940 la última agencia de coches tirados por caballos de la ciudad.



Desde los altos poyos de la antigua calle del Mesón, resultado de los desbanques para regularizar la pendiente de la vía, se aprecia en esta fotografía de los primeros decenios del siglo XX, la iglesia de Santo Domingo y la culata del camarín de la capilla del Rosario. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



El característico arco de Santo Domingo, resultó, tanto de una disposición del Cabildo para que no se cerrara la calle del barrio de la Loma Grande, como de la necesidad de mantener la capilla de la Virgen del Rosario en el mismo plano de la iglesia. (Fotografía: Pazmiño).



Desde la Loma Grande, la capilla del Rosario se aprecia en toda su belleza urbana. Ampliada a partir del segundo tercio del siglo XVIII, su interior es de un extraordinario barroquismo.

San Agustín



Los deterioros provocados por el terremoto de Ibarra del 16 de agosto de 1868, arruinaron la cúpula que la iglesia de San Agustín tenía sobre el crucero, obligándose a su derrocamiento definitivo. Reparada la cubierta posteriormente, este elemento nunca se repuso. “*Escombros de las ruinas de la media naranja de San Agustín*”. (Estereoscópica, 1868).



La iglesia de San Agustín, con su imponente torre campanario, en una fotografía de las primeras décadas del siglo XX. A la izquierda se ve la casa de la calle Chile 10-28, conocida también como la Casa de los Abogados, escenario de la conocida leyenda quiteña de la “Bella Aurora”. Desgraciadamente fue derrocada a inicios de la década de 1950, para dar paso a un desproporcionado edificio moderno. [IC].



Desde el ya construido edificio Pérez Pallares, en esta fotografía de los años veinte del siglo pasado, se admira al templo de San Agustín en medio del paisaje urbano. Nótese que la casa esquinera, al frente de la iglesia, está en proceso de remodelación. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).

Guápulo



El santuario mariano dedicado a la Virgen de Guadalupe, en la población de Guápulo, se convirtió en uno de los lugares preferidos de peregrinación de los quiteños. En esta fotografía, de inicios del siglo XX, se ve a la iglesia en todo su esplendor, pues aún no se construía el colegio seráfico, hoy ocupado por una universidad privada, edificio que le restó valor.



El actual templo de Guápulo se construyó por iniciativa de la cofradía y el tesón del cura José Herrera y Cevallos entre 1650 y 1685, con el arquitecto franciscano fray Antonio Rodríguez, natural de Galicia. Al fondo, la intocada loma de Guanguilatagua, parte de la cual forma hoy el parque Metropolitano. (Fotografía: Pazmiño). [IC].



La “patag” de Guápulo es la meseta de Quito sobre el valle de Guápulo. Desde aquí se admira, no solamente al santuario, sino también el gran panorama del valle de Tumbaco. Para 1940, cuando se impresionó esta fotografía, aun no se explotaba la piedra de la parte baja de la loma de Guanguiltagua y no se abría la nueva vía al valle, que tanto estropeó al paisaje. (Fotografía: Roosevelt).

La Merced



En este ángulo se destaca la antiquísima capilla de San Juan de Letrán, una de las más antiguas construcciones de la ciudad, desgraciadamente desmantelada a inicios del siglo XX por la ignorancia y la codicia. A la izquierda de la toma, aun se ve la casa colonial que fue derrocada a mediados del mismo siglo para dar paso al cine Granada, hoy centro comercial que aloja con éxito a cientos de comerciantes que originalmente vendían en la calle. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



A la plaza de la Merced le impuso el nombre oficial de “Plaza de Espejo” el Concejo Municipal, por resolución de 1888, cuando se cambiaron los nombres de otras de la ciudad. En esta toma de inicios del siglo XX, se admira la policromía con la que se destacaba la arquitectura del templo de La Merced, y no solo eso: es también evidente el recubrimiento de la portada lateral, de piedra, con esa misma policromía. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Desde el alto de la torre de La Merced, a través de una de las ventanas del campanario, vemos el tradicional barrio de El Cebollar, donde se destaca la escuela de los Hermanos Cristianos.

El Sagrario



Curiosa fotografía del interior del templo de El Sagrario, que transmite la atmósfera de religiosidad que impera en el templo. Se mira al fondo el retablo del transepto norte.

La Concepción



Vista exterior del templo de la Concepción en 1944. En la esquina de las calle Chile y García Moreno se destaca un singular nicho con la imagen de la Virgen, protegida por una vidriera, una suerte de balcón que podría provenir de la influencia extremeña donde se lo usaba a menudo.



Patio de ingreso al monasterio de la Concepción en 1944. En la imagen se destaca la figura del sacerdote dominicano e historiador del arte, fray José María Vargas y de espaldas, Jacinto Jijón y Caamaño junto con otros seglares, mientras que las monjas con sus rostros cubiertos con oscuros velos, esperan en el claustro para el recorrido.



Claustro principal del monasterio de la Concepción en 1944. Fundado en enero de 1577 por un grupo de mujeres viudas y huérfanas, es el más antiguo de Quito.



Sobre un alto pedestal escalonado se levanta una esbelta Cruz pétrea, en medio del desordenado jardín conventual del claustro principal de la Concepción. A mediados del siglo XVII residían en él más de 300 mujeres, siendo 120 de ellas monjas y el resto de servicio, esclavas y donadas.



Como testimonia esta fotografía, el claustro aún conservaba en 1944 el piso alto solado con baldosas de ladrillo, como fue tradicional en la época colonial y el siglo XIX. La modernidad en el siglo XX trajo, entre otras cosas, las tablas cortadas en aserraderos eléctricos...



Recorren el claustro alto de la Concepción, en 1944, la madre abadesa, Jacinto Jijón y Caamaño, el Padre Vargas y otras personas no identificadas.



Claustro de la enfermería en 1944. Ubicado en la esquina de las calles Mejía y Benalcázar, probablemente se trata de una casa del siglo XVII que fue comprada e integrada al monasterio, en el rápido proceso de crecimiento de la comunidad de las Conceptas.



En uno de los corredores altos de la enfermería, en la visita de Jacinto Jijón y Caamaño, vemos a éste acompañado del Padre J. M. Vargas, probablemente del capellán de las monjas, tres religiosas con el rostro cubierto por los velos y otras personas no identificadas.

Santa Catalina



Vista de la iglesia del monasterio dominicano de Santa Catalina de Siena, desde el claustro principal. Fue fundado en el año 1592 por doña María de Siliceo, viuda de Alonso de Troya y madre de Cristóbal de Troya, fundador de la ciudad de San Miguel de Ibarra en 1606.

Santa Clara



El terremoto de Ibarra de 1868 dañó severamente al templo del monasterio de Santa Clara, obligando a la demolición del campanario y su posterior reconstrucción en otra forma. La plazoleta, delante del templo, fue nombrada de “Salinas” en homenaje al ilustre patriota, cuando la municipalidad en 1888 cambió nombres de varias plazas de la ciudad y a finales del siglo XIX fue ocupada con el mercado cubierto que recibió a los vendedores de la plaza de San Francisco. (Estereoscópica, 1868).



En esta fotografía captada en 1944, se ve desde el claustro norte, la curiosa cúpula central de la iglesia del monasterio de Santa Clara, construida en la segunda mitad del siglo XVII por el arquitecto franciscano fray Antonio Rodríguez.



A la lejanía posa un grupo de religiosas clarisas, junto a la fuente del claustro norte. Se encuentran cubiertas, literalmente de pies a cabeza, como ordenaban las normas antes del Concilio Vaticano II, pues debían ocultar su rostro con un denso velo negro cuando ingresaban dentro del monasterio personas ajenas a la comunidad.

El Carmen Alto



Ángulo del claustro principal del Carmen Alto o Antigua, que fuera la huerta de la casa de la santa quiteña. Según la tradición guardada en el monasterio, ahí brotaron milagrosamente azucenas, justamente en el sitio donde se vaciaba la sangre de las copiosas hemorragias de Mariana, provocadas por las sangrías que su médico las propinaba con lancetas.



La casa de Mariana de Jesús, que vemos en esta fotografía de 1944, se convirtió en el año 1653 en el primer monasterio de carmelitas en Quito. La incomodidad del sitio en el que se habían instalado un año antes, les obligó a buscar otra casa, resultando en esto la donación de la casa de Mariana por parte de su sobrina, heredera del inmueble.



En el claustro superior del Carmen Alto, se advierte la presencia del P. José María Vargas, de Jacinto Jijón y Caamaño y de las religiosas carmelitas, cubiertas con los velos que exigía la regla cuando había visitantes extraños a la comunidad. Año 1944.

El Carmen Bajo



Este Carmelo fue establecido originalmente en Latacunga en 1669, pero las monjas debieron buscar refugio en Quito a raíz del violento terremoto que asoló a esa ciudad en 1698. Reinstalado en su nueva sede, se le distinguió del otro llamándole Carmen Moderno, Carmen de Latacunga o Carmen Bajo. Fotografía de las primeras décadas del siglo XX, desde la parte norte de la calle Venezuela. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



El llamado claustro de los Naranjos del convento del Carmen Bajo, es de una sencilla belleza. Fotografía hacia 1944.



El famoso belén del Carmen Bajo es una de las joyas del arte quiteño, por la diversidad de piezas en cuanto a materiales, tamaños, épocas y tratamientos. En esta fotografía de 1944 vemos a algunos visitantes del exterior, contemplando la gran sala llena de objetos.

La plaza de la Recoleta



“*La Recoleta en los días del terremoto del año 1868*”, dice en esta fotografía. Refugiados en precarias chozas, los vecinos de la antigua recoleta dominicana de Nuestra Señora de la Peña de Francia, temen que las réplicas cobren sus vidas. Llamada “Plaza de la Libertad” por resolución de la municipalidad en 1888, el nombre cambió más tarde. (Estereoscópica, 1868).



Un sencillo parque se organizó a inicios del siglo XX, en el gran espacio vacío delante de la antigua recoleta dominicana. Desde el año 1871 alojó a las monjas franco-canadienses del Buen Pastor que trajo García Moreno, para la atención de las mujeres de “buena y mediana sociedad” que estaban recluidas por diversas causas. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Para conmemorar el centenario del 10 de Agosto se realizó, entre otras cosas, una gran exposición internacional. Como sede se dispuso en 1906 un edificio inconcluso de una sociedad filantrópica, concluyéndolo el arquitecto portugués Raúl María Pereira, quien edificó además un sinnúmero de pabellones. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira). [IC].



Luego de la exposición, el edificio se mantuvo vacío hasta que en 1919, después de largas reparaciones, lo ocupó la Escuela Militar, hasta 1936. Desde 1937 lo ocupa el Ministerio de Defensa Nacional. El parque delantero, llamado oficialmente del “Centenario” se consolidó como un área verde. (Fotografía: Davenport).

San Sebastián



La parroquia de San Sebastián se estableció en el año 1568. Su nombre obedece, según Andrade Marín, a un homenaje al fundador de Quito, criterio discutible, pues este nombre está generalizado en las poblaciones del Nuevo Mundo. Es una de las más antiguas parroquias de la ciudad, junto con la de San Blas. En esta fotografía, tal vez de los años 1940, se evidencian los cambios que va sufriendo el conjunto parroquial. [IC].



En el año 1925 se inició la innecesaria obra de un nuevo templo en la parroquia de San Sebastián. Con esto, comenzó el deterioro de la centenaria iglesia colonial, testigo de la vida de uno de los más tradicionales barrios de Quito.

El Hospicio



En esta curiosa fotografía de inicios del siglo XX, se ve que aún no se produce el gran desnivel entre el edificio del hospicio y la calle Ambato. Más tarde, se desbancará más aun la calle, para permitir una mejor circulación de los automotores. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).

El hospital San Juan de Dios



Cerrando el costado oeste del atrio de la iglesia del hospital San Juan de Dios, se encontraba el “Camarote de Santa Marta”, que era una cárcel en la que se confinaban a mujeres del pueblo que habían delinquido. Luciano Andrade Marín asegura que encerradas en las más duras condiciones, se las sometía a las más rigurosas y peligrosas tareas, como lavar la ropa sucia del hospital. Derrocado a inicios de la década de 1940, en este lugar se construyó un centro de salud.

La capilla del Robo



La capilla del Robo es un monumento de la fe quiteña, construido a raíz del robo sacrílego del 19 de enero de 1649, perpetrado en el vecino convento de clausura de Santa Clara. Se encontraba al borde de la quebrada de Jerusalén, luego canalizada y rellenada, para construir sobre ella en 1922, la avenida 24 de Mayo. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).

La capilla de los Milagros



Al pie de la capilla, muy cerca de la quebrada de Manosalvas o de los Milagros, existió hasta mediados de la década de 1960, un conjunto de piscinas -bastante elementales- que se conocían popularmente como los “baños de los Milagros”. Desaparecieron con la canalización y relleno de la quebrada y la prolongación de la calle Sucre. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



En la sencilla capilla del Señor de los Milagros, en la Loma Grande, se venera una imagen que apareció milagrosamente pintada en una piedra hacia 1680 y que fuera trasladada al sitio actual, por las manos inocentes de los niños en donde se erigió este modesto oratorio.

El Tejar



La recoleta del Tejar surgió a mediados del siglo XVIII en los terrenos que el Cabildo le había concedido a la comunidad mercedaria desde la fundación de la ciudad, para que en ellos fabricaran tejas, ladrillos, baldosas y otros materiales de barro cocido. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



El cementerio que abrieron los mercedarios en su recoleta a fines del siglo XVIII, fue el primer cementerio público que no pertenecía a una parroquia. La iglesia se consagró recién en el año 1832, apenas iniciada la República y cuenta la tradición que aquí flameó por primera vez el tricolor de Miranda, después de la batalla de Pichincha. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).



La recoleta mercedaria y el barrio que creció alrededor, se mantuvieron aislados entre dos quebradas que se unían por encima del convento de la Merced. En este sitio mandó a construir en 1731 el presidente Alcedo un puente que duró dos siglos y que desapareció con la canalización y relleno de las quebradas, antes de mediados del siglo XX. (Fotografía: Remigio Noroña).

San Juan



“*Ruinas de la Iglesia de San Juan, situada en la colina que se conoce con el mismo nombre*”, reza la leyenda de esta antigua fotografía, testimonio de las secuelas del terremoto de Ibarra de 1868. La antigua recoleta agustiniana de San Juan se convertirá en el convento definitivo de las monjas de clausura del convento de las Angustias de Popayán, expulsadas de Colombia en el año 1864. (Estereoscópica).



La loma de San Juan, conocida en la época de los incas con el nombre de Huanacauri, cierra al Centro Histórico por el lado norte. Su fuerte pendiente no fue obstáculo para que la ciudad creciera hacia esta zona, ya desde el siglo XVIII. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Quito no solo es una ciudad de quebradas, sino también de montañas. Por esto, las escalinatas abundan, y a veces, comparten la vía, como en este rincón no identificado de la loma de San Juan, fotografiado en los primeros decenios del siglo XX. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



En las dos fotografías se evidencian los obligados desbanques en las calles, para dar paso a los débiles vehículos de motor, que hicieron su aparición en los primeros lustros del siglo XX. Por esto, las casas se quedaron arriba, en las peñas. (Fotografías: Carlos S. Rivadeneira).



El teatro Sucre y su plaza



Cruza por la calle Guayaquil, frente al Teatro Nacional Sucre, un bus de transporte público de la línea “Alfaro-Carolina”, en su recorrido para el norte. Desde 1938 ya circulaban por la ciudad este tipo de vehículos. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Encuentro de dos tranvías en la calle Guayaquil, frente a la plaza del Teatro, el 29 de diciembre de 1946. Obsérvese las casas que se levantaban hacia la plaza, que guardaban proporción y elegancia.



La llamada “Plaza de la Carnicería” se llamó oficialmente “Plaza del Teatro” desde 1888, por resolución del Concejo Municipal. En esta toma, desde la esquina del Teatro Nacional Sucre, se mira la intersección de la calle Guayaquil y Esmeraldas, el 29 de diciembre de 1946.

El ferrocarril



Estación del ferrocarril del sur hacia 1922. (Fotografía: José Domingo Laso).



La estación del ferrocarril en Chimbacalle, hacia 1920.



Las formas de viajar. 1940.



Puente de Alausí.



Entre Huigra y Bucay.



Descarrilamiento.

San Blas



Las parroquias de San Blas y San Sebastián, fueron las primeras parroquias creadas después de la parroquia central de los españoles, en el año 1568. Se ubicaron en los extremos norte y sur, respectivamente, como curatos indígenas. A la izquierda de la iglesia, en esta fotografía impresionada hacia 1868, se ve claramente el cementerio parroquial, dominado por una gran cruz de piedra. (Estereoscópica).



El nombre de “Plaza de Mejía” impuesto por el Municipio en 1888 a la plaza de San Blas, no cuajó en la vida de la ciudad. Junto a la iglesia se instaló a fines del siglo XIX una plataforma para mercado, luego, en el año 1906 se inauguró un mercado cubierto y cerrado. La iglesia fue mejorada en el siglo XX, pero aun mantiene sus muros del siglo XVI. (Fotografía: Utreras Hnos.)

El Belén



La modesta capilla de El Belén, no es la más antigua de Quito, tal como lo demostrara Luciano Andrade Marín. Reconstruida desde los cimientos por el presidente Villalengua, fue consagrada el 1 de noviembre de 1787. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Diversas obras de mantenimiento se hicieron en El Belén en los primeros decenio del siglo XX. Pero como aún no crecía la ciudad, la construcción se mantuvo en su ambiente rural original.



Con la construcción en 1922 del colegio de señoritas 24 de Mayo, por el lado occidental de la capilla, ésta perdió su aislamiento. Más tarde, se construiría una plazoleta delantera y el contrafuerte occidental de la fachada, a fin de darle simetría.

La Alameda



El primer parque público de la ciudad fue el paseo de la Alameda. Propuesto ya en el siglo XVI, se concretó solamente en la segunda mitad del siglo XVIII. La gran portada del extremo sur, de la época colonial, fue remodelada por el arquitecto Jacobo Elbert en la época del General Veintemilla. Foto hacia 1885 (Fotografía: Benjamín Rivadeneira).



Cercado en todo su perímetro, el parque se mantuvo en estas condiciones hasta la década de 1930. En esta vista de 1915, a lo largo de la calle Colombia, se evidencian las nuevas construcciones que fueron levantándose en su perímetro, conforme crecía la ciudad hacia el norte. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



El observatorio astronómico, construido por iniciativa de García Moreno, se levantó en la plazoleta central del parque en 1873, bajo la dirección del P. Juan Bautista Menten. Pero la muerte del Presidente produjo diversos inconvenientes y no se puso en funcionamiento sino desde 1887. ¿1905? (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira). [IC].



El parque mantuvo desde 1870 un jardín botánico, gracias a la labor del sabio P. Luis Sodiro, pero a su muerte en 1909, se lo abandonó. La sistematización de jardines, senderos, laguna, etc., se debió fundamentalmente a la labor de los horticultores franceses Enrique Fusseau, padre e hijo, durante la presidencia de Antonio Flores Jijón en 1892. En esta época se construyó el “kiosco”, que sirvió para distintos fines, hasta que a mediados del siglo XX se lo destruyó, inexplicablemente. (Fotografía: C. L. Rivadeneira). [IC].



En una ceremonia pública, se rindió homenaje a las víctimas de un accidente aéreo acaecido por 1929, en las cercanías de Quito. Para el acto, se adecuó la plazoleta delante de la Alameda, frente a la gran portada de tres arcos del lado sur, que se la engalanó convenientemente, ubicando en el centro un gran retrato al óleo del Libertador.



La construcción del monumento dedicado al libertador Simón Bolívar, fue producto de un concurso realizado en París. Su ejecución significó el derrocamiento de la portada y el cerramiento que circundaba al parque. Fue inaugurado solemnemente el 24 de julio de 1935. (Fotografía: Utreras Hnos.).

El Ejido



El ejido de Iñaquito fue señalado por el Cabildo de la ciudad el 25 de enero de 1535. Los conquistadores, siguiendo la tradición castellana, delimitaron estos terrenos comunales para uso exclusivo del pastoreo de animales destinados al sacrificio o servicio de la ciudad. Poco a poco, los abusos de los vecinos mermaron significativamente su área. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Lo que restó del centenario ejido de Ñaquito, se convirtió en 1922 en el parque 24 de Mayo, nombre que no prosperó, pues la tradición siguió llamando a esta zona El Ejido. En esta fotografía de los años 50 del siglo pasado, se evidencia el crecimiento de la ciudad, a lo largo de la avenida 10 de Agosto. (Fotografía: Utreras Hnos.).

El campo de aviación



Con el sencillo nombre de “campo de aviación” se conoció al área de Ñaquito, muy al norte del parque de El Ejido, que por ser una extensa planicie permitía el aterrizaje de aeroplanos. El 28 de noviembre 1920 llegó el primer avión a Quito. Llamado “Telégrafo I” por su propietario, dueño del diario guayaquileño del mismo nombre, estuvo piloteado por el italiano Elia Liut. El aterrizaje fue en la hacienda de Pedro Saá, por el actual parque de la Carolina. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Hacia el año 1936 se abrió en el sitio actual el aeropuerto Mariscal Sucre. Pero hasta 1940, como testimonia esta fotografía, las instalaciones eran de gran precariedad para atender a pasajeros y aviones, como este bimotor de la aerolínea Panagra (Panamerican Grace Airways). (Fotografía: André Roosevelt).

Panorámicas de la ciudad



Panorámica desde Puengasí, hacia 1930.



Panorámica desde el camino a Los Chillos, hacia 1930.



Panorámica del Centro Histórico desde San Juan, hacia 1930. Nótese las pocas casas construidas en el Panecillo, así como la ausencia de la Virgen, recién terminada en 1975.



Vista aérea de norte a sur, hacia 1960. En primer plano el barrio de San Juan, a la izquierda, abajo, el antiguo hospital militar y al fondo, a la derecha, el Panecillo.

Calles



Calle Cuenca, tomada desde la intersección con la avenida 24 de Mayo con vista al norte. A la izquierda se ve íntegro el edificio colonial del monasterio de Santa Clara, que a mediados del siglo XX fue derrocado en parte y sustituido por una construcción de estilo neocolonial. Al fondo, la iglesia y la torre de Santa Clara, luego San Francisco y al fondo la Merced. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Calle Benalcázar, en la zona de San Juan, antes de la intersección con la calle Venezuela. La montuosa configuración de Quito, especialmente en la periferia del centro histórico, fue un serio obstáculo para el tránsito de carretas, asunto que se agravó con la llegada de los automóviles. Por esto fue necesario disminuir las fuertes pendientes de las viejas calles coloniales, manteniéndose en su nivel original las casas, con lo que adquirieron una singular fisonomía.

Calle García Moreno



Vista hacia el norte, desde la intersección con la calle Sucre. A la izquierda el atrio de la Compañía de Jesús y a continuación la vieja universidad -derrocada hacia 1915- y por último el Palacio Nacional. La vereda de la derecha se muestra completa con sus casas tradicionales; más allá, la torre de la catedral despuntada por el terremoto de 1868. (Estereoscópica, 1868). [IC].



Esta toma, en relación a la fotografía anterior, está realizada una cuadra más al sur, es decir, desde la intersección con la calle Bolívar. En cerca de 140 años, que median entre esta foto y la actualidad (2004), la ciudad ha cambiado radicalmente, tal vez unas tres casas de esta cuadra se mantienen. (Estereoscópica, 1868).



Vista hacia el sur, desde la Compañía de Jesús, con el Panecillo al fondo. En la intersección con la Rocafuerte se alza el Arco de la Reina, construido en el año 1726 para proteger a los fieles que acudían a la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles, terminada en 1632. (Estereoscópica, 1868).



Hacia 1930 se terminó la reconstrucción del remate de la torre de la catedral, obra del P. Brüning. Su eclecticismo llevó a los quiteños a bautizarle con el nombre del “casco prusiano” en referencia a su autor, de nacionalidad alemana. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



La calle García Moreno, desde la intersección con la Espejo. La nueva universidad se alza frente al Sagrario, que no se mira en la fotografía. Se destaca en la vereda izquierda el antiguo pasaje Royal, premio al ornato de 1915, obra del arquitecto Francisco Durini, derrocada hacia 1950. Más allá la cúpula del antiguo edificio de la Compañía de Crédito Agrícola e Industrial del arquitecto Luis Felipe Donoso Barba, terminado en 1920.



El frente del hospital San Juan de Dios a la calle García Moreno, visto desde el sur y al fondo el Arco de la Reina, hacia 1920. (Fotografía: Pazmiño).



Las sucesivas transformaciones arquitectónicas cambiaron el ambiente de la calle García Moreno en el sector del Arco de la Reina. Edificios de inicios del siglo XX, conviven con otros levantados en hormigón armado de los años sesenta. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).



Calle Venezuela, abierta a todo su largo para la instalación de tuberías de agua potable, en las primeras décadas del siglo XX. Vista desde la intersección con la calle Espejo, hacia el sur. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).

Calle Guayaquil



Desde el parque de la Alameda se mira la amplia calle Guayaquil que baja hacia San Blas. Al fondo el desnudo Panecillo, en donde se identifica claramente en la cima, a la izquierda, el mojón que la Segunda Misión Científica Francesa construyó a inicios del siglo XX para sus mediciones y controles desde el observatorio astronómico. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Prácticamente desde el mismo ángulo, unos años después. El empedrado ha desaparecido para dar paso al pavimento asfáltico. Al fondo, en San Blas, se levanta el edificio del “Coliseo”, derrocado hacia 1975.



La modernidad en pleno desarrollo. Los nuevos protagonistas de la vida de la ciudad, los automóviles, han desplazado a los peatones del espacio público. Años cincuenta del siglo XX.



Desde el norte, la calle Guayaquil a partir de la intersección con la Esmeraldas. A la izquierda se abre la plaza del Teatro Nacional Sucre; a la derecha se ven las casas (de la segunda a la cuarta) que fueron derrocadas a mediados de 1960, para dar paso a horrendas construcciones fuera de contexto y ajenas a cualquier sensibilidad. Al fondo, arriba, el edificio que fue de la fundación Pérez Pallares.



En sentido contrario a la toma anterior, pero desde la calle Olmedo, vemos la Guayaquil con sus casas originales en esta fotografía hacia 1920. Muchas del lado derecho fueron derrocadas para dar paso, esta vez, a anodinos edificios modernos. Se ven las rieles de los tranvías.

Calle Flores



Vista de la calle Flores desde la intersección con la calle Junín, hacia el sur. Al fondo el convento de Santo Domingo, en donde el remate de la torre se ve caído, por el terremoto de 1868. Esta porción de la vía se conoció desde inicios del siglo XVII hasta mediados del XX, como calle de Manosalvas, en referencia a los dueños de la casa junto a la quebrada, en donde ellos construyeron un puente. (Estereoscópica, 1868).



La misma “calle de Manosalvas” desde la bajada de Santo Domingo, mirando hacia el norte. Al fondo el templo del monasterio de Santa Catalina, a la izquierda el colegio de las religiosas de los Sagrados Corazones y a la derecha el convento dominicano. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira)



La calle Flores, desde la intersección con la calle Sucre, mirando al sur. A la izquierda la casa de Manosalvas y al fondo, el edificio que fue de la universidad de Santo Tomás y colegio de San Fernando, entregado a mediados del siglo XIX a las monjas de los Corazones. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).

Calle Maldonado



Llamada calle del Mesón en este tramo: La salida sur de Quito desde Santo Domingo, debía atravesar a poco más de cien metros de su recorrido la profunda quebrada de Jerusalén. En época de García Moreno se construyó en 1864 el “Puente y Túnel de la Paz”, como parte de la carretera al sur, bajo la dirección del arquitecto Thomas Reed. (Estereoscópica, 1868). [IC].



Sector del Mesón, con la casa de la Virgen a la derecha y tras ésta, las cúpulas de la capilla del Rosario; al fondo, la iglesia de Santo Domingo. (Fotografía Carlos S. Rivadeneira).



Encuentro de un bus, que sale del arco de Santo Domingo, y un tranvía que sube por la calle Maldonado, hacia 1935.



El relleno de la quebrada de Jerusalén, llamada también “de los Gallinazos”, hizo desaparecer la magnífica obra de mampostería del “Puente y Túnel de la Paz”, como se evidencia en esta fotografía. (Fotografía: Pazmiño).



El panorama de este sector cambió radicalmente, como se puede comprobar en esta toma, hecha, prácticamente, desde el mismo ángulo que la anterior. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).



El sector del “puente de los Gallinazos” comenzó a conocerse como “Cumandá”, a raíz de la construcción del teatro del mismo nombre que edificó la familia Mantilla, con proyecto y dirección del arquitecto Augusto Ridder en 1939. A la derecha, el descenso de la calle Maldonado hacia La Ronda. Fotografía de 1966.



Calle Bahía, abierta entre finales del siglo XIX e inicios del **XX**, al occidente del Panecillo. Buena parte del material de los desbanques, producto de la nivelación, se utilizó en el relleno de la quebrada de Jerusalén, luego convertida en el “boulevard” 24 de Mayo.



Calle Vargas. Muchísimas calles de la ciudad, como la de la fotografía, fueron modificadas en sus rasantes, para facilitar el tránsito de vehículos a motor, dejando a las casas en sus niveles originales. También en esta imagen es notable la fuerte presencia indígena. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Esquina de la calles **Oriente** y **Benalcázar**. Las viejas casas coloniales se presentan con macizos volúmenes cerrados, que se acoplan plásticamente, y en los que se abren tímidas ventanas, resguardando la intimidad doméstica. (Fotografía: Remigio Noroña).

Calle Olmedo



Costado sur de la llamada calle del Beaterio, es decir, el tramo de la Olmedo entre la Benalcázar y la Cuenca. La casa con altillo aparece en el plano de Gualberto Pérez de 1888, como parte de la escuela de los Hermanos Cristianos. Para 1907 era el cuartel del batallón Carchi, pero en la fotografía, posterior a ese año, es el “Estado Mayor General del Ejército” y para los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, era la funeraria militar. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Curiosísima fotografía de la calle Olmedo inundada en 1923, después de un torrencial aguacero, que debió estar acompañado de granizo, que junto con la basura obstruyó todos los sumideros. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).

Calle Chile



Desfile militar frente a la Plaza Grande, en los primeros lustros del siglo XX. La casa de tres pisos de la esquina derecha de la Chile y Venezuela, fue derrocada a inicios de la década de 1960 para dar paso a la construcción de la nueva casa municipal. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



La calle Chile, desde la Plaza Grande hacia San Agustín, tenía a inicios del siglo XX una fisonomía distinta a la actual. Esta cuadra fue llamada calle de las Escribanías, por la existencia del Palacio de Justicia, la segunda edificación de la derecha. Desde un balcón de la casa esquinera de la izquierda, arrojó Manuela Sáenz una corona de laureles al libertador Simón Bolívar, en su primera entrada a Quito. Derrocada hacia 1914, en este lote se construyó el edificio de la fundación Pérez Pallares. La siguiente casa de este lado, llamada la casa de los Abogados, fue derrocada hacia 1950 para dar paso al edificio Guerrero Mora. (Fotografía: José Domingo Laso).



Panorámica de la cuadra de la Chile frente a la Plaza Grande. La primera casa de la izquierda, que hace esquina con la García Moreno, fue derrocada a mediados de la década de 1930 para la construcción del hotel Majestic, edificación que a su vez fue “vaciada” en 1976, conservándose únicamente sus fachadas, con un edificio de hormigón armado al interior.



Cuadra de San Agustín, mirándose hacia el Pichincha. A la derecha, pasando la iglesia, se ve en pie la casa de los Abogados y más atrás ya está levantado el edificio de la Fundación Pérez Pallares. En la vereda de la izquierda, dos figuras típicas de Quito que llegaron hasta mediados del siglo XX: las señoras de manta.



Calle Espejo hacia 1966. El corazón del Quito comercial y bancario se ubicaba en esta zona. Ya está, lastimosamente derrocado el Palacio Municipal, (extremo superior de la vereda derecha) pero aun no se comete el crimen del derrocamiento del Banco de Préstamos, del cual se ve solo una porción abajo a la derecha. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).

Calle Bolívar



Vista de la calle Bolívar hacia 1868, desde la mitad de la cuadra anterior a la calle García Moreno, hacia el convento de Santo Domingo, que se ve al fondo. Por las calles correctamente empedradas del centro corrían, como se ve en esta toma, bien cuidados albañales, que a más de recoger las aguas lluvias, canalizaban las servidas. No será sino hasta el año 1906 cuando se inicie la construcción de un sistema subterráneo de colectores. (Estereoscópica, ¿1868?). [IC].



En esta vista hacia 1930 de la calle Bolívar, desde la Guayaquil hacia el occidente, se evidencia cómo lentamente la modernidad va haciendo presencia en la ciudad. Las casas de las esquinas norte de la intersección con la calle Venezuela, que es la primera cuadra, ya no existen hoy. (Fotografía: Remigio Noroña).

Calle Rocafuerte



Desde la plazoleta de Santa Clara, a través de la calle Rocafuerte, se divisan al fondo las cúpulas de la capilla del Rosario. En esta curiosa fotografía, anterior al terremoto de Ibarra, se ve en primer plano, a la derecha, la iglesia del monasterio del Carmen Alto con sus cúpulas y bóvedas originales, construidas por el hermano Marcos Guerra en el siglo XVII, las cuales desaparecieron con el terremoto del 16 de agosto de 1868. Más atrás, la torre original de la iglesia del hospital San Juan de Dios, que no existe más. (Estereoscópica).



En la periferia de la ciudad, la vida urbana se diluye y penetran y se mantienen las costumbres campesinas. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Desde la cubierta del templo de Santo Domingo se divisan las cúpulas de la capilla de la Virgen del Rosario y la calle de la Loma Grande, que pasa bajo ella. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).

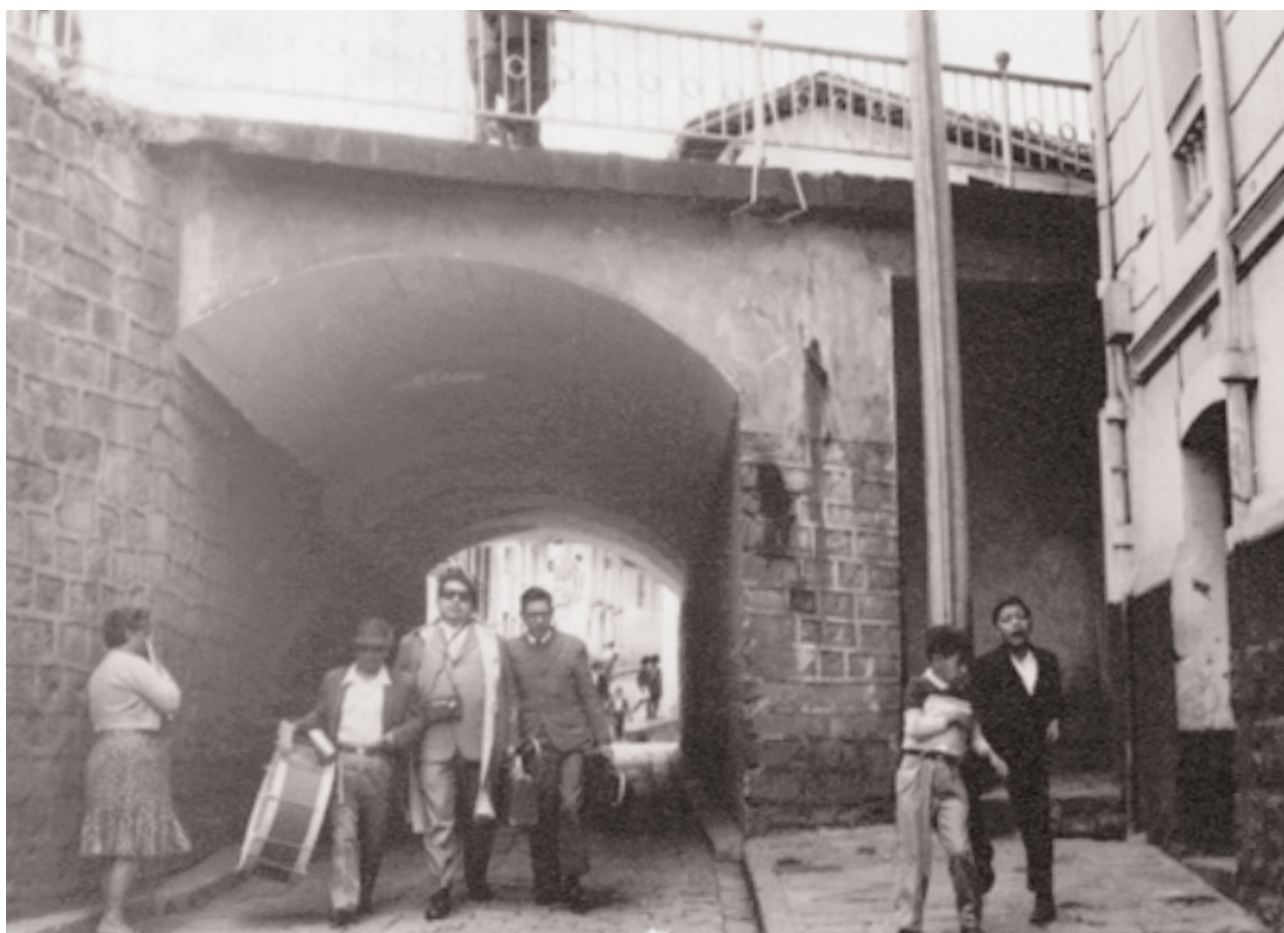


La larga calle Rocafuerte, en su recorrido de más de un kilómetro desde la cantera, al pie del Pichincha, termina por el oriente en el redondel de la Mama Cuchara, característica plazuela que conserva en el centro un esbelta columna, con un minúsculo busto al gran José Mejía Lecquerica.



Mirando desde la Mama Cuchara hacia el occidente, se admira la gran mole del volcán Pichincha, con su característica silueta. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).

Calle de la Ronda



Tradicional calle bohemia, tal como lo demuestra esta fotografía de 1966, en donde un grupo de músicos atraviesa el llamado “túnel” que se edificó en 1864 para permitir la circulación en la Ronda y conseguir que la carretera al sur, hoy Maldonado, que pasa por un nivel más alto, salvara la quebrada de Jerusalén con un puente. Fue el primer paso a desnivel construido en Quito.



El origen tradicional del nombre de la calle Morales se debe al hecho de que en esta vía, al borde de la quebrada de los Gallinazos, daba la vuelta la ronda de vigilantes nocturnos que en la época colonial cuidaba el sueño de los quiteños. En la España del siglo XVI era común la calle de ronda, al pie de las murallas.



El trazado orgánico que tiene la calle de la Ronda, obedece a su ocupación espontánea, sin regirse por la cuadrícula, ya que sigue el sinuoso borde de la quebrada de los Gallinazos -más tarde llamada de Jerusalén- que cerraba por el sur a la vieja ciudad colonial.



En el tramo comprendido entre las calles Guayaquil y la García Moreno, cruza a un nivel más alto la calle Venezuela gracias al “Puente Nuevo”, edificado en 1909, en la presidencia del general Eloy Alfaro. Fue el segundo paso a desnivel de la ciudad.



El Puente Nuevo enmarca a la calle de la Ronda. Fue construido para dar continuidad al trazado de la calle Venezuela hacia el sur, sobre el relleno de la quebrada de Jerusalén, y no cerrar el paso a la tradicional vía inferior.

La Avenida 24 de Mayo



El “boulevard” 24 de Mayo se constituyó en la vía más moderna de los años veinte del siglo pasado. En ella se utilizó por primera vez la pavimentación bitulítica, es decir, con asfalto.



Rellenada la quebrada de Jerusalén, la nueva vía arbolada que se construyó sobre ella fue sitio de paseo obligado de los quiteños, abriéndose modernas salas de cine en su costado.



En el sector sur occidental de la 24 de Mayo se abren una serie de callejuelas que se trazaron al vaivén de la orografía, salvando las quebradillas tributarias de la de Jerusalén, por lo que no guardan ninguna ortogonalidad, como esta esquina de las calles Barahona y Ambato. (Fotografía: Remigio Noroña).

Calles no identificadas



Una típica figura femenina, con chalina y larga pollera, camina por una calle de una zona alta, en el sector occidental de la ciudad. (Fotografía: Remigio Noroña).



Callejones descuidados, como el de la fotografía, no eran extraños en los bordes de la ciudad. (Fotografía: Remigio Noroña).

La Avenida 10 de Agosto



Vista desde la calle Riofrío hacia el sur, en los primeros decenios del siglo XX. A lo largo de este eje vial, que unía Quito con Cotacollao, y permitía el paso hacia Otavalo y el norte del país, se fueron asentando “villas” con una arquitectura diferente a la tradicional de la ciudad.



La misma esquina, años más tarde. La casa de la derecha de la fotografía, que fuera de Modesto Larrea, ocupaba el lote donde ahora se levanta el edificio Benalcázar 1.000, obra del año 1970.



Intersección de las avenidas 10 de Agosto y Colón. Aquí giraba hacia el oriente el tranvía que venía del centro y avanzaba en su recorrido hasta el hospital Baca Ortiz, en la Av. 6 de Diciembre. Al centro de la fotografía se ve una garita en la esquina del parque de la Circasiana.



El frente de la Circasiana -quinta de la familia Jijón- a la Avenida 10 de Agosto en el año 1912. En este sitio actualmente se encuentra la parada del trolebús.



Cuartel de la Policía en la calle Mideros. El gobierno del año 1851 ocupó para cuartel de policía, mediante un contrato, el último patio y celdas del lado norte de San Francisco, llamado “de la puerta falsa”, que se encontraba en ruinas. En esta fotografía, probablemente de finales del siglo XIX, se ve desde la calle Mideros el cuartel a la derecha y al fondo una casa que, modificada, aún se mantiene sobre la calle Cuenca. [IC].

El penal García Moreno



Terminado en agosto de 1874, el Panóptico, llamado así por su disposición radial, es obra del arquitecto Thomas Reed en época de García Moreno. Ubicado en la parte alta de la calle Rocafuerte, al lado norte se encuentra la colina del Placer y por el sur lindaba con la quebrada de Jerusalén. Al fondo se ve el Panecillo.



El arquitecto Reed empleó en Quito la misma tipología que había utilizado anteriormente en la penitenciaría de Bogotá, y que proviene de la prisión de la Rue de la Santé en París, obra de Vaudremer del año 1864. En esta vista del panóptico desde la Cima de la Libertad, hacia 1922, se evidencia el puente que salvaba la quebrada de Jerusalén. (Fotografía: José Domingo Laso)



El 28 de enero de 1912 asaltó a la Penitenciaría Nacional, una turba salvaje cegada por el odio, y arrebató del edificio al general Eloy Alfaro, a su hermano Medardo y a su sobrino Flavio, así como al general Ulpiano Páez, Manuel Serrano y al periodista Luciano Coral, quienes se encontraban presos. Soldados disfrazados se encontraban ya al interior, por orden del gobierno de entonces. Los detenidos fueron arrojados desde las ventanas, arrastrados a través de la ciudad y quemados bárbaramente en El Ejido. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira). [IC].

Casas varias



A la casa del mariscal Sucre, se la conoció durante mucho tiempo como la “Casa Azul”, por su color. A inicios de la década de 1920 albergaba algunos negocios y funcionaba como hotel. En 1945 fue declarada “monumento nacional” y solamente a inicios de la década de 1970 se pudo concretar la compra por parte de la Junta de Defensa Nacional, quien la restauró y convirtió en museo.



Portada de la Casa de la Inquisición, cuando aun se hallaba en pie en 1940. Ubicada en la esquina nororiental de la intersección de la Venezuela y Bolívar, la casa fue derrocada en la década de 1950 para dar paso al edificio “Bolívar”, con el cine Atahualpa. La portada, dividida, se reutilizó como ingresos en la construcción de la Casa de Benalcázar en 1967. (Fotografía: Roosevelt).



Patio de la casa llamada de “Jesús María” en la esquina suroccidental del cruce de las calles Sucre y Guayaquil, hacia 1940. Fue hasta finales del siglo XX una de los más bellos ejemplos de la arquitectura colonial de Quito. Probablemente construida en el siglo XVII, una desastrosa intervención hecha en 1995 con pésimo criterio, peor gusto y mucha agresividad, destruyó esta joya colonial. (Fotografía: Roosevelt).



Casa del barrio de la Chilena, al culminar la calle Olmedo
al pie de la loma de San Juan, en 1950.



La casa de Gabriel García Moreno, ubicada en la esquina suroccidental de la plaza de Santo Domingo, la diseñaron y construyeron los arquitectos Juan Pablo Sanz y Francisco Schmidt, entre 1870 y 1875, en un sobrio y medido estilo neoclásico alemán. [IC].



Diseñada por el arquitecto alemán Francisco Schmidt, la casa de la familia Jijón en la calle Sucre, es uno de los ejemplos más caracterizados del estilo neoclásico en Quito, a finales del siglo XIX. Ubicada en la vereda sur de la calle Sucre, a mitad de la cuadra entre la García Moreno y Venezuela, en ella nació en 1890 Jacinto Jijón y Caamaño, hijo de Manuel Jijón Larrea, su propietario. [IC].



En esta fotografía de 1920, se ve la gran casa de la familia Palacios, ubicada en las conocidas “Cuatro Esquinas”, es decir, en la intersección de las actuales Espejo y Guayaquil. Remodelada en 1926 por el arquitecto Francisco Durini para sede del Banco de Préstamos, fue ominosamente derrocada a mediados de la década de 1970 para construir la “Plaza Chica”.



El arquitecto Thomas Reed construyó en la esquina noro-oriental de la intersección de la Mejía con García Moreno, esta gran casa hacia 1870. En ella funcionó el Hotel París, de Gaston Charpantier, establecido en 1881. Hoy, la casa ha sido intervenida arbitrariamente, buena parte de sus valores originales han desaparecido y se han añadido elementos atrabiliarios de pésimo gusto. [IC].



Esta casa de la calle Sucre, de la hoy solo queda la fachada en pie y detrás, construido con acierto un nuevo edificio, albergó en los años veinte del siglo pasado el negocio del inglés John S. Buttar, quien, orgulloso de su nación, lucía no solamente el blasón de Gran Bretaña en la fachada, sino también una inmensa bandera de la “Union Jack”.



El pasaje Baca fue encargado por la familia Baca Ortiz a los arquitectos italianos Giacomo Radiconcini y Antonino Russo en el año 1913, para uso residencial y comercial. Se encuentra ubicado en la calle Espejo, a mitad de la cuadra, en su costado sur. 1922. (Fotografía: José Domingo Laso).



En 1915 se inició el derrocamiento del edificio del siglo **XVII** de la universidad de San Gregorio de los jesuitas. En su reemplazo, la Universidad Central construyó desde 1917 un nuevo local sobre la calle García Moreno, bajo un proyecto de Francisco Espinosa Acevedo.



El Gran Hotel Froment, del francés Filemón Froment, se estableció en el año 1913 en un edificio comprado a la Curia y adaptado para el efecto, levantando el último piso. Ubicado en la calle Venezuela, entre la Espejo y Sucre, se levanta en la vereda occidental. (Fotografía: José Domingo Laso).



Originalmente Filemón Froment había abierto en la casa vecina por el sur de la anterior, un hotel con el nombre de Royal. Debó mudarse al nuevo edificio con el nombre de Froment, al derrocarse esa casa para la construcción del pasaje Royal, obra del arquitecto Francisco Durini del año 1915. El hotel Froment sufrió un terrible incendio más tarde, destruyéndose parte de él y consumiéndose todo el mobiliario. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira)



Restaurado después del incendio, el hotel Froment se puso a la venta en la suma de 200.000 sucres, incluyéndose en este avalúo el mobiliario y vajilla, cotizados en \$ 40.000. Probablemente la venta del inmueble llevó al cambio del nombre, pues en esta fotografía de los años 1930, aparece ya con el nombre de Hotel Savoy.



El edificio llamado “Coliseum”, fue diseñado y construido por el arquitecto quiteño Luis Felipe Donoso Barba en el año 1921. Se trataba de un enorme galpón cubierto por una magnífica estructura metálica de procedencia europea y una crujía delantera de fábrica, de correctas proporciones y de clara influencia francesa. Se lo utilizaba como pista de patinaje, lugar de bailes y fiestas, etc.



En el mes de abril de 1922, el edificio del “Coliseum” fue ocupado por la Biblioteca Nacional. Desgraciadamente, después de utilizarlo casi medio siglo, debió desocuparse para su derrocamiento, pues la nueva avenida Pichincha lo afectaba en algo más de un metro, y los geniales urbanistas que trazaron la vía, ¡no estaban en capacidad de desplazarla para salvar este valioso edificio! Ni siquiera la estructura metálica de la cubierta, que debía reutilizarse para el coliseo del colegio Mejía, se conserva.



Construido entre 1922 y 1924, el antiguo edificio del Banco Central del Ecuador fue obra del arquitecto Francisco Durini y reemplazó a una vieja casa colonial, que fue de Manuel del Alcázar, suegro del presidente García Moreno. El Banco lo ocupó desde su creación en 1927 por más de cuarenta años. (Fotografía: Davenport).



El período comprendido entre 1880 y 1920 fue de muchos cambios en la arquitectura quiteña. La presencia de arquitectos extranjeros y de algunos nacionales, formados en la Politécnica de García Moreno, facilitarían la concreción de los anhelos de la nueva burguesía o de la vieja aristocracia, que no tuvieron empacho en derrocar las viejas estructuras coloniales. Casa de la esquina suroccidental del cruce de las calles García Moreno y Mejía, de los herederos de Manuel Larrea Donoso, hacia 1920.



Para la celebración del centenario del Primer Grito de Independencia, se organizó una exposición internacional, utilizándosele como sede el edificio inconcluso que una institución de beneficencia traspasó al gobierno. Las nuevas obras, que incluyeron varios pabellones aislados, estuvieron a cargo del artista y arquitecto portugués Raúl María Pereira.



En la salida norte de Quito, frente al parque de la Alameda en su lado occidental, el 7 de abril de 1875, pocos meses antes del asesinato de García Moreno, el obispo Pedro Shumacher colocó y bendijo la primera piedra para levantar la sede del Seminario Menor, edificio de ladrillo visto que fue derrocado un siglo después.



La arquitectura residencial, marcadamente ecléctica de los primeros decenios del siglo veinte, rompió con las tradiciones constructivas y espaciales que venían de la colonia. Poco antes de terminar la segunda centuria, la tendencia de crecimiento de la ciudad se marcó hacia el norte, ocupándose el suelo con lotes amplios, edificándose villas residenciales unifamiliares aisladas, rodeadas de jardines. Chalet del Dr. Gabriel Baca. (Fotografía: José Domingo Laso).



Las nuevas formas arquitectónicas respondían a los anhelos de una burguesía moderna, que demandaba espacios acordes a los nuevos adelantos de la vida urbana: agua potable, alcantarillado, electricidad, teléfono, automóviles, etc. Villa Italia en la avenida Colón, de Damián Miranda. (Fotografía: José Domingo Laso).



Es en esta época que va conformándose el barrio que actualmente se conoce como la “Mariscal”. Villas Trento y Trieste del italiano Damián Miranda en la avenida Colón, hacia 1920. (Fotografía: José Domingo Laso).



Chalet del Sr. Alfonso Troya, hacia 1920. (Fotografía: José Domingo Laso).



Chalet del Sr. Jorge Möeller, hacia 1920. (Fotografía: José Domingo Laso).



Chalet del doctor Nicolás Clemente Ponce Borja, hacia 1920. (Fotografía: José Domingo Laso).



Chalet de la señora Zoila Álvarez viuda de Álvarez, ubicado en la intersección de las calles 12 de Octubre y Veintimilla, hacia 1920. (Fotografía: José Domingo Laso).



Chalet del doctor Mario de la Torre Nieto en la avenida 12 de Octubre, hacia 1922. (Fotografía: José Domingo Laso).



Chalet de Emilio Ripalda Pozo, pillareño, hacia 1920. (Fotografía: José Domingo Laso).



Chalet del señor Carlos Mantilla Jácome en la avenida Colón, hacia 1922. (Fotografía: José Domingo Laso).



Chalet de los doctores Ricardo Villavicencio e Isidro Ayo-
ra, en la avenida 12 de Octubre, hacia 1922. (Fotografía:
José Domingo Laso).



La esquina noroccidental del cruce de las calles Venezuela y Mejía, a finales de la década de 1950. (Fotografía: C. L. Rivadeneira).



La sede de la Cruz Roja Ecuatoriana en la calle Elizalde y Av. Colombia, antes de su derrocamiento. En el mismo lugar se edificó la nueva sede en 1957, con proyecto de los arquitectos Enrique y Lionel Ledesma Mariscal.

Gentes y acontecimientos



La escoba de retama, una pala y eventualmente una carretilla, eran los aperos de limpieza de los “capariches” o peones de aseo urbano. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



El capariche, clásica figura del indígena de la zona nororiental de Quito (Zámbiza, Nayón, Llano Grande, etc.) que desde la época de la colonia tenía la obligación de prestar su contingente para mantener la limpieza de las calles y plazas de la ciudad. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Muchacho de Otavalo, tocando el pingullo. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



“Entre tanto y para todo esto así trabaja el pueblo” puso alguien a máquina en esta fotografía.



Como se evidencia en estas fotografías, hasta bien entrado el siglo XX, se mantenía la estrecha relación ancestral comercial de los pueblos selváticos con la ciudad de Quito. 1915. Indio Jíbaro en la plazoleta de San Agustín. (Fotografías: Carlos S. Rivadeneira).





A la salida de un acto protocolario del antiguo Palacio Municipal de Quito, el Presidente José Luis Tamayo, se apresta a abordar la carroza tirada por caballos. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Recepción a los embajadores de Gran Bretaña. El cortejo sube por la calle Chile, rumbo al Palacio Nacional.



Calesa (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Una carroza funeraria, tirada por cuatro caballos, atraviesa la Plazuela Victoria, rumbo al cementerio de San Diego, seguida del cortejo en automóviles, algunos de los cuales llevan colgadas coronas de flores.



Miembros de la policía demuestran ante la cámara su preparación. (Fotografía: Carlos S. Rivadeneira).



Juego de pelota nacional en el parque de El Ejido.

Se imprimieron 1000 ejemplares en Quito, Ecuador, junio del 2004.
TRAMA
www.trama.com.ec